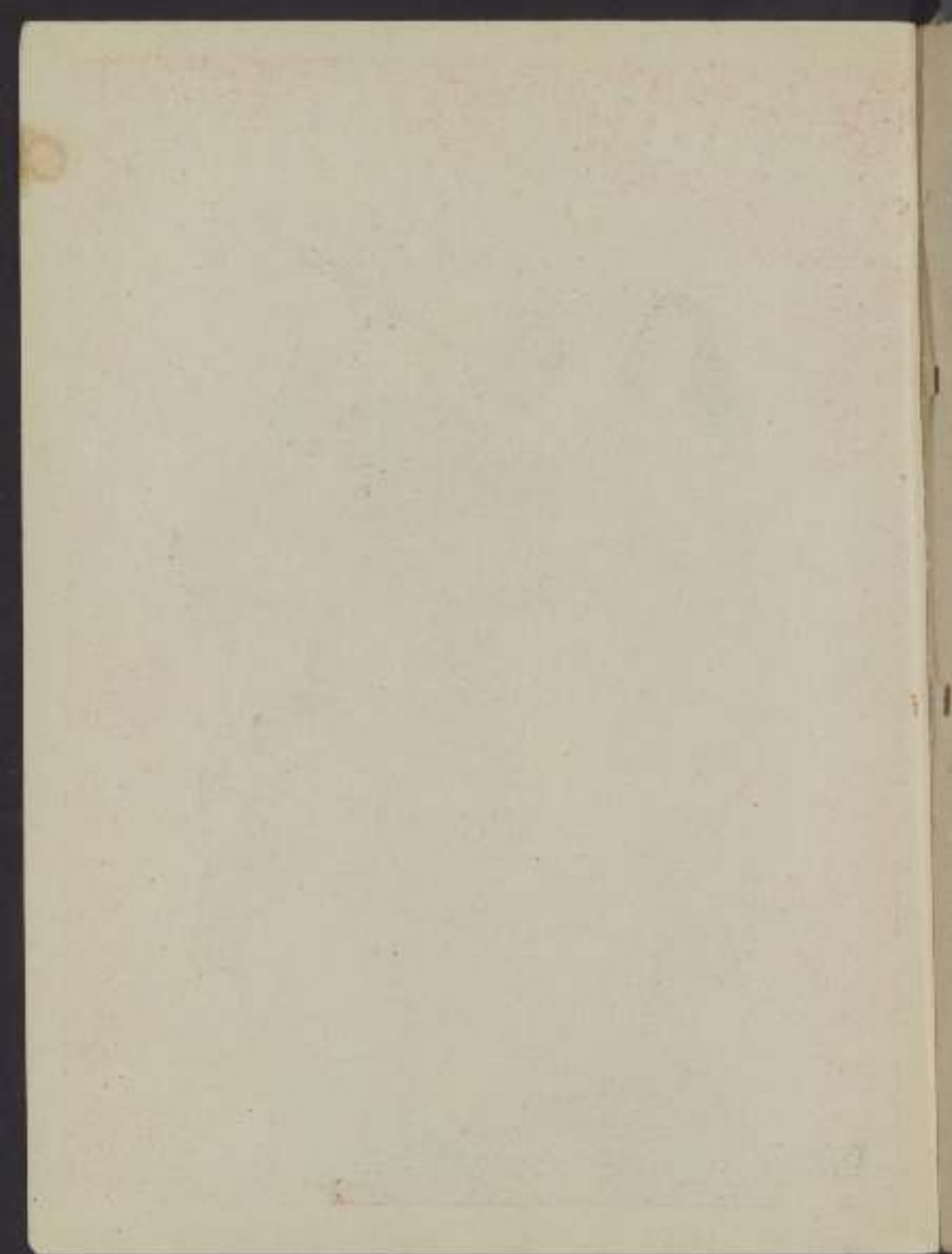


# Howdy Celestial

Hedy LAMARR  
William POWELL  
James CRAIG

Editorial APAS

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS  
& SERIE ESPECIAL





MUNDO  
CELESTIAL

CLAYTON'S PUBLICATIONS  
100 N. 3rd St. N. W.  
MINNEAPOLIS



---

Ilustraciones las de  
traducción y reproducción

---

ARTES GRAFICAS ESTILO  
Valencia, 234 - Teléfono 79657  
BARCELONA

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VEDRAGUER

Apartado 767 " BARCELONA " Telefonos 70457  
Valencia, 254 " Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTES DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería  
Barbado, 16, Barcelona - Turner, 4, Madrid

EDITORIAL  
ALAS

AÑO XXVI

SERIE ESPECIAL  
NUM. 155

NUM. 282

## MUNDO CELESTIAL

EDITORIAL ALAS se complace en ofrecer a sus lectores el argumento novelado de la graciosa comedia «Mundo celestial», en la que se desarrolla un conflicto entre marido y mujer, promovido por una superstición momentánea de ella. A través de unas ingeniosas estratagemas del marido, la absurda situación que la superstición crea se desvanece como un castillo de naipes, y los esposos Whitley reanudan el camino de una felicidad que nunca debiera haber sido interrumpida.

---

**PROCINES** Producción Cinematográfica Española, S. A.

MADRID

Avda. José Antonio, 60

BARCELONA

Rambla Cataluña, 12

PRINCIPALES INTERPRETES

---

<i>Bill S. Whitley</i> . . .	<i>William Powell</i>
<i>Vicky Whitley</i> . . .	<i>Hedy Lamarr</i>
<i>Lloyd Hunter</i> . . .	<i>James Craig</i>
<i>Margaret Sibyll</i> . . .	<i>Fay Bainter</i>
<i>Profesor Stewe</i> . . .	<i>Henry O'Neill</i>
<i>Nancy Pelter</i> . . .	<i>Spring Byington</i>
<i>Strand</i> . . . . .	<i>Robert Sully</i>

---

Director:

**Alexander Hall**

Producción de:

**Arthur Hornblow, Jr.**

---

---

Narración literaria por

**Alfredo de Heredia**



En la sala del importante Observatorio Monte Jefferson, Frank y Willie están ocupados en limpiar los aparatos con los que el ilustre astrónomo William Whitley realiza sus importantes trabajos de investigación.

Frank está muy contento y expresa en cantos su satisfacción:

«Es mi felicidad un chico llamado Joe,  
con una sonrisa que hace crecer las flores...»

Willie, en cambio, interrumpe su trabajo para mirar a través del telescopio, en plan de curiosidad. Pero su inspección resulta vana, pues Willie no ve absolutamente nada, y así se lo comunica, decepcionado, a su amigo y compañero Frank.

—Claro que no verás nada—responde Willie—. ¡Si la cúpula grande de arriba está cerrada!... Y, oye lo bien: lo creas o no lo creas, eso es lo mejor del mundo. Algo de maravilla. Se puede ver absolutamente todo, hasta los ángeles.

—¿Y puedo ver lo que está haciendo ahora mi novia en Cincinnati?

—Pero Cincinnati no está en la luna, y Willie no lo verá.

Entretanto, Whitley, el astrónomo, está en su casa. Hombre jovial y satisfecho de su trabajo y de su vida, vive en compañía de su esposa Wicky, mujer joven y extraordinariamente bella.

Aquella noche, el astrónomo está contento porque ha descubierto un nuevo cometa, que si no es todavía apreciable a simple vista, promete ser muy interesante. Su esposa preparaba los cubiertos de la mesa para el desayuno, mientras Bill terminaba de lavarse.

—Margaret... Muriel... Josefina... Ethel—gritó Bill desde la sala de baño.

—Diga, señor—contestó la nueva criada.

—¡Vaya! ¡Es Ethel!

—Sí, señor profesor. Pero, ¿cómo sabe usted mi nombre, si he llegado esta tarde?

—En que probé varios. Así se atierta.

—Opina como yo. Creo que simpatizaremos.

—Así lo creo yo también.

El diálogo fué interrumpido por las voces de Wicky, la esposa del profesor que se hallaba en el comedor de la casa.

—Bill querido. Es tarde. Date prisa.

Bill salió, radiante, del lavabo.

—Estaba entablando amistad con nuestra nueva criada Ethel. Es encantadora.

Y abrazando a su esposa, exclamó:

—Buenos días, amor mío. Estás preciosa.

—Buenos días, Bill. Y ahora toma el desayuno.

Se sentaron en la mesa, donde tenían puesto jugo de zanahorias.

—¿Otra vez jugo de zanahorias?—exclamó Bill.

—Dijiste que era muy bueno para la vista.

—Pues un poco más y ya no necesito telescopio. Oh, querida, he dormido maravillosamente bien.

—No tienes que decírmelo. Desde aquí se te oía.

—Es que un buen marido hace todo lo posible para que su mujercita le recuerde hasta cuando duerme. Oh, este tocino es



algo delicioso. Ethel—exclamó, dirigiéndose a la nueva criada—le da un gusto especial.

—Muchas gracias, señor profesor. ¿Llevo estas prendas arriba?

—Sí—contestó el profesor.

—¿Con el calor que hace esta noche?—preguntó la criada.

—En la montaña hace mucho frío.

—También es gana de ir allí sólo por ver las estrellas—comentó Ethel.

—¿Es que nunca las mira usted, Ethel?

—Antes sí. Pero ahora ya estoy casada.

Ethel se marchó, y Bill no pudo contenerse de decir a su mujer:

—¡Oh, qué preciosa! ¡Qué cara!

—¡Ojalá le agrademos—respondió la señora Whitley, suspirando.

La señora Whitley hablaba así porque en la casa no duraban las criadas. Bill desayunaba al anochecer. Un hora después cenaba la señora. Cuando él regresaba para acostarse, ella se levantaba.

—Vamos, no te preocupes por la criada. Está loca por mí. Vicky: ¿quieres que te diga una cosa?

—Hay tan pocas ocasiones que no diré que no.

—Mira, no importa lo absurdo que pueda parecerte lo que te diré, pero esta noche me meto un atractivo especial.

—¿Qué lástima que no te quedes en casa.

—¡Ah! Pero voy a tener unos días libres tan pronto acabe esto del cometa.

—Lo has dicho tantas veces...

La señora Whitley ya no confiaba en lo que decía su marido. Este realizaba un trabajo tan intenso que permanecía todas las noches en el Observatorio, estudiando los astros. Eso producía en su mujer fastidio y aburrimiento, lo que, sin hacerla del todo infeliz, representaba una pequeña nube en un cielo de felicidad que hubiera podido ser completa.

Pero aquella vez Bill tenía el propósito de consagrar sus horas a su esposa. Estaba seguro de que sus cálculos serían exactos.

y que, conseguido el descubrimiento del cometa, podría disfrutar de la vacación deseada.

—Ya verás cómo todo nos saldrá bien.

—¡Qué inteligencia la tuya! ¡Cuanto quiero yo a mi astrólogo!

—¡Oh, Wicky querida! Científico, matemático, físico, campeón del tocino: lo que tú quieras, pero jamás astrólogo. La Astronomía y la Astrología son dos cosas muy distintas. La Astronomía es una ciencia. La Astrología es una superstición. La Astrología apesta.

—No seas intolerante, Bill.

En realidad, la señora Whitley estaba un poco interesada en la Astrología. Al sentirse tan sola, sin la compañía de su marido, entabló una gran amistad con su vecina Nancy Potter, una solterona amiga de los chismes y de las intrigas, que la inició en las ciencias ocultas y se empeñó en presentarla a la señora Sibyll con objeto de que le adivinara el porvenir, por medio de las estrellas. Fue, pues, abstraída por estas ideas que la señora Whitley llamó astrólogo a su marido, quien no podía soportar esta clase de supercherías.

Bill se levantó, recogió unas cartas de la mesa y buscó su pipa. Y tras una breve pausa, repitió:

—Wicky, en cuanto haya terminado lo del nuevo cometa, ¿qué te parecerían unas buenas vacaciones?

—Conozco tus vacaciones, Bill. Muchas gracias. ¿No te acuerdas ya de Fenix? Ibamos a ir a todas partes si todo salía bien.

—No lo recuerdes. Estaba cansadísimo. Dime, Wicky: ¿adónde vamos a ir?

—Estaba pensándolo—respondió Wicky—. Veamos. En nueve semanas no has estado ni una sola noche en casa.

—¿Qué te parecería Nueva York o... Palm Springs? Ya sé: en nuestra casita de Mont Ross...

—Lo ideal para unas magníficas vacaciones—propuso la señora Whitley—sería quedarnos en casa. ¡Qué encantador! ¡Y qué novedad! Desayunar y cenar con mi maridito. ¿Crees que es pedir mucho?

Bill abrazó a su esposa.

—No hay más que hablar, Bill. Yo no me voy.

—Vamos, qué te pasa, estás temblando.

—Cómo no voy a estarlo. ¡Oh, Bill, no vayas esta noche al Observatorio! Quédate en casa.

—Si pudiera...

El diálogo fué interrumpido por la llegada de Ethel con una cesta.

—Aquí tiene la merienda, señor profesor. Le he puesto un tomate crudo.

—Estupendo. Gracias. ¡Pero madre mía! Ya son más de las seis.

—¡Oh!, las estrellas llevan tanto tiempo arriba que bien pueden esperar.

Bill abrió la puerta para salir, mientras Wicky murmuró:

—Las estrellas pueden esperar... como yo.

Wicky fué a despedir a su esposo que salió en el coche. En el jardín vecino al de los esposos Whitley, la señora Nancy Potter regaba las flores.

Cuando Bill hubo salido, la señora Whitley se dirigió a su vecina Nancy y le dijo:

—Nancy, tengo que hablar contigo.

—Ya está todo, Wicky. Mañana, a las tres y media, en casa de la señora Sibyll.

La señora Sibyll era una profesora de astrología, amiga de Nancy.

Pero aquella noche Wicky no estaba dispuesta a visitar a la señora Sibyll, y así se lo dijo a Nancy. Ante la negativa, la vecina invitó a Wicky a entrar en su casa, con el propósito de convencerla con argumentos.

—Bueno—empezó Nancy, prosiguiendo la conversación iniciada en el jardín—. ¿Qué te ocurre para no poder ir?

—Es por Bill. Cometí un lapsus. Metí la astrología con la astronomía, y no quieras tú saber.

—¡Cualquiera creería que la astrología es para avergonzarse, como si fuera obsa de brujas o del partido demócrata!...

—Es que tampoco quiero ir a espaldas de Bill a una echadora de cartas.

—¿Una echadora de cartas? La señora Sibyll es famosísima. Un genio auténtico. ¿Mira que llamarla echadora de cartas?— exclamó Nancy.

—Todo lo que tú quieras, pero te ruego anules la cita. No debiera haberte dejado que te comprometieras por mí.

—Tienes que ir, Wicky. Si todas las mujeres tuviéramos nuestro horóscopo, no nos pasaríamos la vida lamentándonos de nuestros errores.

—Pero—argumentó la señora Whitley—suponte que se corra la voz de que la esposa del profesor Whitley ha visitado a un astrólogo. Sería algo así como que a la esposa de Einstein se la pillara jugando a la lotería de cartones. No insistas, Nancy, porque no voy.

—¡Qué lástima! Mañana sería el día ideal.

—¿Por qué?—preguntó Wicky, intrigada.

—Porque tu signo es el Toro. Y cuando la Luna pase por él, será un día memorable para ti.

—A pesar de todo, te digo que anules la cita.

—Está bien, está bien. Telefonaré a la señora Sibyll.

Entretanto se desarrollaba esta escena en casa de Nancy Potter. Bill se encontraba con Stewe, Strand y Pierson en el Observatorio Monte Jefferson, operando el telescopio.

—Uh—murmuró Bill—. La cúpula estorba la visión. ¿Quiere usted moverla un poco? Muy bien, muy bien. Ya entra en la órbita tan puntual como un tren.

Bill y Stewe contemplaron el negativo del cometa.

—¿Cómo sienta eso de tener cometa propio? — preguntó Stewe a Bill.

—Es muy halagador.

El señor Strand advirtió a Bill que iban a dar las once. Los dos se metieron en la cúpula, y Bill se dispuso a mirar por un pequeño telescopio. Una vez ajustado, el telescopio dió una visión interurbana, en la que se mostraba la casa de los Whitley.



con Wicky en una de las ventanas. Wicky saludó a lo lejos. Bill, que la veía perfectamente, exclamó:

—Hola, cariño. Que descanses. Buenas noches.

Wicky desde la ventana le saludó tristemente. Luego cerró las ventanas, echó las cortinas, puesto que, estando en guerra, así lo ordenaba la defensa pasiva, y se dirigió al teléfono para llamar a su amiga y convecina Nancy.

—Nancy. ¿Estás levantada aún? Mira, querida, ya sé que me crestrarás un poco tonta, pero...

—¿Entonces vienes a casa de la señora Sibyll?

—Sí. Iré.



## II

En efecto: pocos momentos después las dos amigas se trasladaron al domicilio de la señora Sibyll. Mientras esperaban que Mrs. Margaret las recibiera, Nancy dijo a Wicky:

—Me alegro mucho de que hayas cambiado de parecer. ¡Mira, Wicky, mira! Ahí tienes el cuadro simbólico del Zodíaco. Fíjate en tu signo, Taurus: el Toro. Y éste es el mío, Piscis, dos peces. Todo el mundo tiene su signo aquí. Y ahora, Wicky, a ver cómo te portas. Vas a afrontar el momento más importante de tu vida.

En aquel momento se abrió una puerta y apareció Stella, quien rogó a las señoras que pasaran al despacho de la señora Sibyll.

—Celebro mucho verla, señora Whitley. Buenas tardes, Nancy. Siéntense, por favor. Stella, que no nos interrumpa nadie.

Y Mrs. Margaret Sibyll prosiguió:

—Es un gran honor para mí hablar con la esposa del famoso astrónomo. Y ahora vamos a ver todo cuanto nos interesa. Su signo es Taurus. Nació usted durante la primera quincena de mayo.

—¿Se lo dijo Nancy?—preguntó la señora Whitley.

—¡Oh! No señora, lo adiviné.

—¿No es prodigioso?—exclamó Nancy, alborozada.

—¡Es miércoles hoy, Nancy!—afirmó Mrs. Margaret—. Y siendo miércoles—dijo, dirigiéndose a dicha señora—, es preciso que se abstenga usted de ponerse trajes de colores tan vivos. Ya se lo dije. Piense usted en la conjunción de Urano con su planeta personal.

—¿De verdad? ¡Oh! ¿Y no puedo quitarme esta ropa hasta que llegue a mi casa...?

—Supongo que no. Este piso necesita algo que lo alegre, pero no tanto—indicó la señora Sibyll.

—Oh, señora Sibyll; ¿cómo puede usted confundirme de este modo?—exclamó Nancy, visiblemente molestada.

—¡Ah!, pues tenga usted mucho cuidado.

Nancy creyó en lo que le había dicho la señora Sibyll y se marchó. Era eso lo que la profesora deseaba: quedar a solas con la señora Whitley, para adivinarle, sin testigos, el pasado, el presente y el porvenir.

—Yo no soy ninguna nigromante, señora. Usted expone hechos que me ayudan a calcular su horóscopo. En él tendrá usted un valioso auxiliar para comprenderse a sí misma. Bueno, bueno; hemos quedado en que usted nació en mayo.

—En efecto; el día 15, el año 1918 y en París.

—¿Hora?

—Las ocho en punto de la mañana. Mamá decía que no pude ser más oportuna, pues llegué a la hora del desayuno y ya me quedé a cenar.

—Continuemos. Está usted casada con el profesor William Stewart Whitley.

—Sí, hace dos años. Pero... realmente no sé a lo que he venido. Yo no tengo ningún problema.

—Sin embargo, vino usted.

—Quizás sea una tontería, pero presiento que...

—¿Que ya no le quiere usted?

—¡Oh, no, no, señora Sibyll! El me quiere mucho.

—¡Complicación! El amor y la ternura le son a usted muy convenientes.

—¿No lo son para todo el mundo?

—A unos más que a otros. En usted manda el corazón y guarda en él grandes reservas de energías que hay que encauzar, y pronto. Huya usted de los mariscos.

Tras una pausa, la señora Sibyll preguntó a la señora Whitley dónde se habían casado. Wicky le dijo que estando en las Bahamas, con su madre, conoció a su Bill.

—Curioso—observó la señora Sibyll—. Veo una tragedia antes de su matrimonio. En efecto, tragedia. 1918, 38, 9, sí, 9. ¿No se ha matado nadie por usted?

—Que yo sepa, no.

—Pues algo de eso hay aquí. Su horóscopo me llevará algún tiempo, pero lo tendrá usted. ¿Qué le parece el lunes, a las tres?

Las dos mujeres convinieron en que el lunes se verían de nuevo, y que a partir del día siguiente Wicky tendría su plan de vida, por el que tendría que pagar la razonable suma de cincuenta dólares.

—Le mandaré el cheque—anunció Wicky. Y tras una breve pausa, añadió—: 1939. ¡Claro que sí! Pero... se cayó por la borda.

—¿Entonces, hubo algo?

—Sí; pero no fué suicidio. Había la tormenta y...

—Ya. Los signos que leía podían significar accidente. Nunca me equivocó. Ya lo verá usted.

Y la señora Whitley se despidió de Mrs. Margaret.

El lunes—tal como Mrs. Margaret se lo había prometido—la señora Whitley tuvo su horóscopo. La profesora profetizaba a la esposa del astrónomo que el día 22 conocería a su «verdadero amor», a un hombre solitario que corrió grandes aventuras en los distintos países por dónde había pasado.

En posesión de su horóscopo, Wicky se fué a su casa, y se puso, algo inquieta, en la cama.

Un rato después llegó Bill y penetró en la habitación de su esposa, para darle un beso, como de costumbre.

—No, no, no me beses—le suplicó Wicky.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás resfriada?

—No, pero es martes. Es perjudicial para mí tener contacto alguno los martes. Y eso, a partir de hoy y hasta que la luna esté en posición rectangular con Plutón. Hasta entonces no me toques para nada.

—Bien, bien, Plutón mío, prosigue.

—La señora Sibyll dice que mi énfasis planetario caerá este mes en mi casilla séptima y...

—Un momento, por favor.

—No te horrorices tanto. Es mi horóscopo.

Y la señora Whitley señaló el horóscopo que tenía encima de una mesa.

—Wicky, mujercita, esposa: ¿qué te he hecho yo para que me lo pagues así?

—¡Oh, no tiene nada que ver! Eso es un asunto mío.

—Tienes razón. Ahora soy yo quien te prohíbe que me beses. Es martes.

—Bill, por favor, no te tomas nada en serio.

—Cómo voy a dejarme besar—repitió Bill en tono burlesco—cuando mi énfasis planetario está en mi casilla novena. ¡Oh, Wicky! ¿Cómo se te ocurre visitar a una embaucadora?

—¿Embaucadora? No lo es. Es una mujer sincera. No permitiré que la insultes.

—Si ella es sincera, yo soy la tía de Carlos. Y ya que estamos en ese tema tan fascinador, puedo preguntarte ¿por qué me ocultabas que habías ido a verla? Consultar a una pitonisa engañabobos, ¡es el colmo!

—¡Oh, no, no te lo he ocultado! Puse el horóscopo ahí, a propósito para que lo vieras. ¿Por qué fui, me preguntas? ¿Quién podía impedírmelo? Estoy muy agradecida a Nancy Potter por haberme llevado. Allí acuden infinidad de mujeres, y allí encuentran consuelo.

—Pero en ese grupo no entras tú, Wicky. ¡Recuerda que eres mi esposa! Dos semanas antes de que mi cometa pase a la historia, y tú, con tu cabeza de chorlito...



—Bill, no me hables en ese tono...

—¿Quieres, pues, que te dé la razón?

—La señora Sibyll me dijo que eres un hombre muy egoísta. Ahí está el horóscopo en el que eso está escrito. Y es la verdad.

Bill le arrebató bruscamente el horóscopo. Wicky no pudo reprimirse y exclamó:

—¿Por qué tienes que quitarme esa pequeña satisfacción?

—¿Satisfacción? Prosigue, amor mío.

—Deja ya de decir «prosigue, amor mío» de ese modo tan cursi. Sí, satisfacción, porque sé que voy a ser feliz si sigo sus instrucciones. Y te participo que voy a hacerlo.

—¿Conque yo soy un egoísta? ¡eh? ¿Y tú?

—No te preocupes. Lo hago por mi felicidad.

Bill se guardó el horóscopo. Al ver el gesto, la señora Whitley dijo:

—Puedes quedarte con él. Tengo otra copia.

De repente, Bill tuvo una idea, y resolvió ponerla inmediatamente en práctica, disponiéndose a salir de la habitación de su esposa.

—¿Adónde vas, Bill? ¿A casa de la señora Sibyll?

—No. A ver a la señorita Potter.

—Estará durmiendo a estas horas.

—Tanto mejor.

Bill salió de la habitación y se dirigió hacia la calle. Mientras bajaba la escalera, murmuró irónicamente: «Pluto mío».

Una vez fuera de su casa, se dirigió a la de Nancy. Al ver, en el jardín, una manga de riego tuvo una ocurrencia. Cogió la manga, y con ella en la mano llamó en alta voz a la señorita Potter. Esta, que estaba en la cama, se vistió apresuradamente y se asomó a la ventana, desde donde gritó:

—¿Qué ocurre? ¡Ah! ¿Es usted, profesor Whitley?

Bill con la manga preparada, contestó:

—Sí, querida señora Nancy. Soy yo. He venido para agradecerle sus tentativas de deshacer nuestro matrimonio.

—Y sin que Nancy tuviera tiempo de reaccionar, Bill le man-



dó el agua de la manguera. Nancy aguantó el chaparrón y exclamó:

—La señora Sibyll acertó también esta vez, cuando predijo que llovería.

Bill dejó la manguera en el suelo y terminó mojándose él. En estas condiciones, cayó sobre un macizo de flores. La escena fue verdaderamente divertida.

## III

En su despacho del Observatorio, Bill se hallaba preparando su discurso para la noche de su experiencia científica. Todo estaba ya preparado, y sólo hacía falta que el tiempo no fallase y que no hubiese ningún error en los cálculos del astrónomo.

Mientras Bill preparaba su trabajo, entró el doctor Stewe, director del Observatorio. Stewe saludó al profesor y advirtió en él una preocupación, que no era tan sólo la inquietud propia de un hombre que está a punto de realizar una prueba difícil y decisiva en su vida científica, sino que significaba algo íntimo, completamente ajeno a aquella experiencia. En efecto, durante aquellas dos últimas semanas Bill parecía otro. Se mostraba distraído, melancólico, irritable. La razón de esta metamorfosis era muy seria: Bill y su esposa habían reñido a consecuencia de la visita que ésta hiciera a la señora Sibyll. El doctor Stewe no pudo menos que decirselo a Bill.

—Observo en usted—le dijo—algo raro. Créame, Whitley, no se lo tome así. ¿Qué le pasa?

—¡Júpiter!—contestó Bill en tono amargo—. No le extrañe, Stewe. Júpiter, que está en la fase rectangular de la Luna y afecta a... a la casilla séptima de mi esposa.

—¿Pero de qué habla usted, Bill?

—De una ciencia especial, de una ciencia que manda que no debo besar a mi esposa los martes, porque el aspecto semi-sextil de Neptuno está en oposición al Pato Donald.

—¿Acaso me da usted a entender que Wicky ha visitado algún astrólogo?—preguntó el doctor Stewe.

—¿Que si ha estado? Verá usted. Los domingos evita las ventanas, los lunes no come mariscos, y los martes y miércoles huye de mí.

Mientras se desarrollaba este diálogo entre los dos astrónomos, Wicky llegó al despacho de su marido, y se excusó de interrumpirles.

—Celebro verla, Wicky—exclamó el doctor Stewe—. Hacia tiempo que usted no venía por aquí.

Strand, que había entrado junto con la señora Whitley, acompañándola en el interior del Observatorio, le preguntó si quería que le mostrara cuanto en él se había hecho. Pero Stewe recordó a Strand que le necesitaba para revisar el plan de observaciones para el mes siguiente. Lo que Bill aprovechó encantado para dirigirse a su esposa:

—Espléndido.

Y tras una breve pausa le dijo:

—Wicky, siéntate. ¿Quieres un cigarrillo? ¿Quieres tomar algo? Pide la Luna, si quieres. Acuérdate de que es martes. Bueno: ¿a qué se debo tu visita? ¿He pecado otra vez, acaso? ¡Ah, claro! El concierto era para esta noche, y lo olvidé.

—¡Qué memoria tan feliz tienes, Bill! El concierto tendrá lugar la semana próxima.

—Entonces, ¿qué es?

—Bill, mi visita obedecé... Tenía que decirte una cosa. No quise esperar a mañana. ¿Recuerdas la primera vez que visité a la señora Sibyll?

—¡Oh! ¿Esta cuestión otra vez?

—Dicha señora me advirtió que indudablemente algo iba a ocurrir. Algo muy importante.

—Es que vas a tener un...

—No, Bill, nada de eso. Bill: temo que tenga que dejarte.

—Vaya, si has llegado hace un momento.

—Hablo de dejarte por un hombre que me ama de verdad.

Bill quedó verdaderamente asombrado. Creyendo que su esposa se encontraba mal, le tomó el pulso, la miró a los ojos. Pero, no. Todo estaba bien, ¿Era él, entonces, quien estaba enfermo? Wicky prosiguió su explicación:

—Sí, Bill: eso mismo dijo la señora Sibyll. «Dentro de pocos días, mientras Mercurio no opone a Júpiter en su signo, será usted propenso al asma».

—Por favor, mujercita mía, que Júpiter me hacía robusto, de una gran paciencia, comprensivo y clemente. Pero, bueno, al grano: ¿quién es él?

—¿Quién?

—Ese anguitito, mi competidor. ¿Le conozco yo?

—No le conoces.

—Entonces, ¿has estado flirteando a espaldas mías?

—Si continúas así, en ese plan, me marcho ahora mismo, Bill.

—Si que tiene gracia. Mi esposa me dice que me abandona por otro hombre, y se ofende porque me atrevo a hablar de él.

—Debia darte vergüenza sólo al pensar que fuera yo capaz de una cosa semejante.

—Lo siento mucho, Wicky. Pero dime, ¿quién es?

—¿Quién es? ¿Me lo preguntas a mí? ¿Es que yo lo sé, acaso? Los astros. Yo no le conozco ni le he visto en mi vida. Pero sucederá, y muy pronto.

Wicky sacó el horóscopo que le había dado la señora Sibyll, y leyó uno de los párrafos esenciales: «Entre esta noche y la vigésimosegunda del mes, llegará a ti un hombre solitario, aventurero en tierras lejanas, que te busca sin cesar desde hace mucho tiempo». Ves, Bill, es el destino. Por eso quería decírtelo en seguida, ya que puede suceder en cualquier momento.

Bill, a quien todo eso hacía mucha gracia, se puso a toser.

—¿Ves, Bill? Ya lo has cogido.

—¿Qué? ¿Al seductor de mi mujer?

—No, el asma.

—¡Pero si yo no tengo asma! Nunca he tenido asma, ni lo tendrá jamás. ¡Me niego a tener asma!

Los dos esposos salieron del Observatorio y se marcharon a su casa. Bill, en efecto, se encontraba mal. Se metió en cama, y Wicky fué a buscar al doctor Green. Este acudió a la casa de los Whitley, y visitó al enfermo.

—¡Que alboroto para nada!—exclamó Bill al ver entrar, muy serio y con aire grave, al doctor Green.

—Relativamente. Vamos a ver de qué se trata.

El doctor Green le auscultó detenidamente y luego diagnosticó:

—Tiene usted un ligero ataque de asma.

—¿Qué dice usted, doctor Green?

—Lo ves? La señora Sibyll lo pronosticó.

—Bueno, bueno, no creo que sea para alegrarse.

—Nada de eso, Bill. Es que... todo lo que ella dijo resulta ser cierto. Y esto debiera de convencerte.

—Entonces, doctor Green, ¿no es ninguna pulmonía? ¿No es sarampión? ¿No es la fiebre amarilla?

—Nada de todo cuanto usted tema. Asma.

—Lo sabía—afirmó, convencida, la señora de Whitley.

El doctor Green le recetó una medicina que Bill debía tomar a cada hora. Y le ordenó que se levantara, anunciándole que, de seguir sus instrucciones, Bill recuperaría la voz normal en poco tiempo.

El doctor Green se marchó, y entró en la habitación la nueva sirvienta. Ya no era Ethel, sino Delia Murphy. Ethel se había marchado porque, según dijo Delia, su signo era Taurus y no debía trabajar en abril. Hasta las sirvientas se habían contagiado de las supersticiones de la señora Whitley.

Al oír a Delia, Bill le anunció que quedaba despedida en el acto. Pero Wicky, que entraba en aquel instante, después de haber despedido al doctor Green, se interpuso:

—Nada de eso, Delia, cuando usted haya terminado, le ayudaré a llevar la cama a la otra habitación.

Delia terminó su quehacer, y se dispuso, con la ayuda de



Whicky, a trasladar la cama. Bill estaba extrañadísimo de la operación, e insinuó a su esposa que no había necesidad de tanto ajeteo, porque el asma no es contagiosa.

—Lo sé, Bill—contestó Wicky—; pero supongo que no querrás compartir mi habitación, cuando sabes que estoy comprometida con otro hombre.

Y Wicky siguió trasladando los muebles como si tal cosa. Bill creía volverse loco.

—Pero ¿estás trastornada? Te has enamorado de un fantasma, de un hombre que no existe más que en el horóscopo.

—Pero existe.

—¿Y te atreves a decírmelo a la cara?

—¿Preferirías, acaso, que te lo ocultara?

—Pero, ¿cómo esperas que se te aparezca: por el agujero de la cerradura?

—Quién sabe si por la chimenea. Pero no te quepa la menor duda, Bill, ese hombre vendrá.

—Muy bien, en ese caso me marchó.

Y Bill, a pesar de su asma, se dispuso a marcharse de su domicilio. En la puerta se cruzó con un muchacho vendedor de periódicos. Mientras, Bill desde el zaguán de la casa, gritaba a su mujer:

—Te agradeceré que me mandes mi cartilla de abastecimientos.

El muchacho le dijo que iba a comprar el periódico.

—Muy bien. Pero yo me mudo al Observatorio.

## IV

La noche del concierto, Wicky y su amiga Nancy asistieron a la fiesta. Esta consistía en un recital de violín a cargo de un violinista famoso en el mundo entero: Sebastián Melas. La sala estaba radiante de un público distinguido. Nancy y Wicky estaban confortablemente instaladas, pero Wicky estaba distraída, como si en vez de hallarse en una sala de conciertos se encontrara en la Luna. Nancy, que le estaba observando, no pudo menos que decirsele.

—Lo siento, Nancy. Estaba pensando que todo esto es pura tontería.

—Pero si está interpretando a Brahms...

—No me refiero al violinista, sino a Bill. Hace ya tres días que se marchó.

Hablaban demasiado fuerte y una señora del público les llamó la atención, pero las dos mujeres estuvieron muy poco rato calladas.

El violinista iba ejecutando las piezas del programa. De repente, Nancy tocó ligeramente el brazo de Wicky para decirle:

—¿Te has dado cuenta? No deja de mirarte.

—¿Quién?

- El.
- Oh, no seas boba, Nancy.
- ¿Te digo que sí?
- ¿Por qué iba a mirarme?
- Tú lo sabrás.

Otro espectador les llamó la atención, pero las mujeres seguían hablando.

—¡Ahí lo tienes!—dijo Nancy—. Como verás, los astros nunca mienten.

\* \* \*

Llegó el día 22, en el que la señora Whitley tenía que conocer, según le había predicho Mrs. Margaret Sybyll, al «verdadero amor» de su vida. Wicky estuvo impaciente durante toda la jornada. Pero el «verdadero amor» no aparecía por ninguna parte. Y, no obstante, la fecha que la señora Sibyll había indicado era precisa y no podía haber lugar a dudas. No se trataba de una semana, sino de un día concreto: el 22.

Pasaron las veinticuatro horas del día, y al sonar las doce campanadas de la noche que cerraba el día 22, la señora Whitley se sintió extraordinariamente defraudada, y creyó mucho menos en el poder de la astrología. Creyóse víctima de un engaño o de una broma muy pesada, y decidió dejarse de horóscopos y reconciliarse con su marido.

Este se hallaba trabajando en el Observatorio. Estaba ocupadísimo en la redacción de la conferencia científica que tenía que pronunciar y que dictaba a su secretaria: «Estaba establecido —iba diciendo— desde los primeros días de la Creación que estos dos cuerpos chocarían algún día. Ninguna fuerza cósmica podía evitarlo...»

Mientras estaba en este párrafo, Strand le interrumpió:

—Profesor...

Bill se sintió contrariado. No había manera de trabajar tranquilo. Siempre pasaba una u otra cosa que le obligaba a dejar el importante trabajo al que estaba entregado.

—¿Cómo voy a terminar la conferencia para mañana por la noche si me interrumpen continuamente? No quiero que me moleste nadie.

A lo que Strand respondió:

—Señor Whitley, le interrumpí porque supuse que le agradaría hablar con su señora.

—¿Qué dice usted?

—Sí, la señora Whitley está en el teléfono.

Alborozado, el joven profesor exclamó:

—Vaya, ¿y por qué no me lo dijo usted antes?

Seguidamente se fué corriendo hacia el teléfono. En efecto, al otro extremo del hilo estaba Vicky.

—Dime, ¿Cómo estás, Vicky? Cuanto me alegra tu llamada, ¿Dónde estás?

Vicky le dijo que se encontraba en casa de la señorita Nancy Potter, su vecina.

—Dale muchos recuerdos a la señorita Potter. Y ahora, Wicky, deja que me reponga un momento. ¿No te habrás equivocado de número? Recuerda que yo soy Bill y no el amor desconocido...

Vicky le respondió que ya sabía que él era Bill y que por eso le telefonaba, para decirle que había cambiado de opinión.

—¿Que has cambiado de opinión? Sí, ya sé cómo es, pero... ¿cómo lo descubriste? ¿Qué sucedió? ¿Un ventrilocuo? ¡Ah!, ¿un violinista? ¡Oh, pobrecita mía!

—Eres el primero y el último—repuso la señora Whitley—. Nadie se ha interpuesto en nuestra vida. ¡Oh, qué dos semanas! Todo ha sido una simpleza.

Pero Bill no estaba convencido del todo, porque temía que su esposa siguiera todavía con la idea de que un día había de surgir el verdadero amor que le predijo la señora Sibyll, el hombre desconocido y aventurero que fuese el hombre de su vida.

Y por eso Bill no quería entusiasmarse ante la llamada telefónica de su esposa.

—Sí, pero—le decía Bill—¿si ese hombre surge mañana de una ostra?

—Mañana no—respondió Vicky—; en todo caso sería hoy, como último plazo que me indicó el horóscopo. Si no es hoy, ya no será nunca. Te espero en casa.

—De acuerdo, querida; vete a casa y espérame. ¿Quieres que baje por la chimenea? Voy en seguida; entraré por donde sea. Y gracias por haberme llamado. Mi gratitud eterna. Y oye bien esto que te digo, Vicky: ¡Te quiero mucho! Me siento el Capricornio más feliz del mundo.

Los dos colgaron el aparato. Nancy, que había estado escuchando la conversación sostenida por Vicky con su marido, no pudo evitar de decir a su amiga que era peligroso lo que estaba haciendo, porque al destino no se le puede desafiar así como así.

—Quién, ¿yo? Según la profecía, ya debiera haber conocido a ese «gran y verdadero amor» y, sin embargo, no aparece por ninguna parte.

Y Vicky se dirigió a su casa, en espera de su marido.

Cuando se disponía a entrar en su domicilio, oyó una voz que la llamaba por su nombre. Vicky se asustó mucho; pero luego se tranquilizó al ver que se trataba de un guardia de la Defensa Antiárea.

En efecto, era Lloyd Hunter quien esperaba a la señora Whitley para advertirle que en su casa había la luz encendida pese a las rigurosas órdenes dictadas.

—Está luciendo toda la noche, señora Whitley. Realmente, mi deber es el de dar parte a la superioridad.

—No lo hará, ¿verdad, señor?

—Hunter, Lloyd Hunter.

—Señor Hunter, he tenido un día fatal. Deje que lo termine bien.

—Bueno; me arriesgaré.

—Muchas gracias, señor Hunter.



—¡Ah, a propósito! El día aun no ha terminado. Su reloj adelanta por lo menos veinte minutos. Buenas noches.

Si faltaban veinte minutos para terminar el día 22, quedaba a la señora Whitley la posibilidad de encontrar a su «verdadero amor». Si entraba ya en su casa, pocas esperanzas existían; pero, desde luego, no podían ser definitivamente desvanecidas.

La señora Vicky se dirigió al interior de su casa, miró el reloj, que marcaba las doce y tres minutos, y volvió a salir. Hunter estaba todavía por allí en plan de inspección de las luces.

—¿Qué decía usted, señor Hunter?—le preguntó Vicky.

—¿Yo? Nada.

—¡Oh!, no sé qué... del reloj.

—¡Ah, sí, que va un poquito adelantado; eso es todo.

—Entonces, ¿aun no son las doce?

Por la forma en que se expresó la señora Vicky, Hunter quedó un poco sorprendido, y le preguntó:

—¿Qué le sucede?

—Nada, nada.

—Buenas noches, señora Whitley.

Y Hunter hizo un gesto de despedida, considerando que su misión estaba ya cumplida.

—¡Ah!, señor Hunter—exclamó Vicky al ver que el señor Hunter se disponía a marcharse—, va usted a decir que soy muy curiosa, pero... ¿viene usted de muy lejos?

—Unas cuatro manzanas... del bulevar Cranberry.

—No, no; me refiero a algo más lejano, a... a tierras muy lejanas.

—Desde luego. He estado en todas partes. ¿Por qué me lo pregunta?

—No sé. Me lo figuraba.

—¿Es que le recuerdo a usted a alguna persona?

—Un poquito.

—Es extraño; aunque le he visto a usted a menudo, parece que no le hubiera conocido hasta ahora.

A pesar de que la señora Whitley parecía interesada en pro-

longar la conversación con aquel desconocido que bien podía ser su «amor verdadero», el señor Hunter, muy lejos de coincidir en los pensamientos de la señora, decidió cortar la conversación, y dijo, algo extrañado:

—¿No pasa dentro? Está la noche muy húmeda...

—No tengo frío, señor Hunter.

—Tendré que emplear mi autoridad.

La señora Whitley invitó al señor Hunter a penetrar en su casa.

Hunter comentó con la señora Whitley el hecho de que ésta se acostara tan tarde. Durante las horas de su servicio, el inspector de la Defensa Antiárea se había fijado en la ventana de Wicky, abierta siempre.

—Hace días que no duermo muy bien—respondió Vicky.

—No se preocupe, señora. Le daré un remedio. Pero necesita un poco de agua.

Pasaron los dos al interior de la casa, y Hunter sacó un frasco de su botiquín y recomendó a la señora Whitley que tomara su contenido mezclado con agua. Hunter cree que los síntomas que presenta Vicky son síntomas de enfriamiento, y le ha preparado un narcótico. Pero si Vicky aparece nervioso y casi temblando no es, ni mucho menos, por esta razón, sino porque está convencida de que su horóscopo se está cumpliendo inexorablemente.

—Este medicamento es algo infalible—continuó diciendo Hunter—. Procede de una viudita que encontré en un bosque de cipreses. Ella me lo regaló. Eso se produjo durante uno de mis viajes a la India.

—La India debe ser muy fascinadora.

—Lo es, en efecto. Pero, para mi gusto, no hay como un lugar llamado Samarcanda, la ciudad de los fantasmas y de los poetas. En Xadada, Kubisi Kan creó una sublime ciudad de placeres.

—¿Y qué hacía usted en aquellas lejanas tierras?

—¡Oh!, yo soy un trotamundos.

¿Un trotamundos? Entonces no cabía duda. La señora Whit-

ley se encontraba en presencia de un aventurero, de un hombre que conoció hombres y países exóticos. ¿Sería aquél el «verdadero amor» que le vaticinara la señora Sibyll? No había la menor duda. Antes de sonar las doce de la noche del día 22, ella se encontraba por azar ante una persona desconocida que había viajado mucho.

—El nombre de trotamundos—prosiguió Hunter—cuadra muy bien a un corresponsal de guerra. He visto muchísimas cosas. Hace unas semanas contraí unas fiebres tropicales en Orán. Un insecto asqueroso que tiene un nombre de seis sílabas.

—¿Qué horror!

—Pues a mí me alegró que sucediera eso, porque me dió la oportunidad de escribir mi primer libro.

—Pero, mientras esté usted de viaje, la señora Hunter le echará de menos...

—Desde luego; pero siempre le mando algún regalito el «Día de la Madre». Es imposible que esté siempre con ella, porque no pero nunca en el mismo sitio.

Cuando Hunter se disponía a salir, entró Bill en la casa.

—¿Qué sorpresa, Bill!

—He volado hacia ti, cariño. Tus palabras me dieron... alas.

La señora Whitley presentó a su marido al señor Hunter, el vigilante de la zona.

Pero a Bill no le hizo ninguna gracia encontrarse, en su propia casa, en presencia de un desconocido, por inspector de Defensa Pasiva que fuese. El había llegado del Observatorio corriendo, volando, hacia su esposa para abrazarla y desvanecer los celos que la desdichada e inoportuna intervención de la pitonisa había provocado. Y decepcionado por la presencia de un tercero en discordia, no pudo reprimir de decir, en un tono que quería ser irónico pero que resultaba significativamente agrio:

—Bien, bien. ¿Es que esta jovencita ha cometido algún crimen? Sea inexorable con ella. Yo jamás soy bastante severo.

—Resulta difícil ponerse severo con su esposa. Bueno, señora y señor Whitley, debo de irme.

Bill aceptó cordialmente y con visible gozo la retirada voluntaria del señor Hunter.

—Buenas noches, señor Hunter—le dijo.

Pero a Wicky no le entusiasmaba la idea de que el señor Hunter pudiera irse, y buscó el modo de retenerle por unos minutos más.

—¿No ofreces al señor Hunter algo de beber? ¿Un «whisky»?

—No se moleste. Muchas gracias.

Pero Wicky ya estaba preparando el «whisky».

—¿Soda o agua?

—Agua, por favor.

Tras una breve pausa, la señora Whitley dijo a su marido que el señor Hunter era corresponsal de guerra, un hombre que había corrido aventuras prodigiosas y que publicaba interesantes libros.

—Cuéntenos algo de Samarcanda, señor Hunter—rogó la señora Whitley al visitante. Y dirigiéndose a su marido, aclaró—: Es una ciudad de Asia. También ha estado en la India el señor Hunter, y acaba de llegar del Africa del Norte.

—¿Y regresa usted pronto?—preguntó Bill.

Wicky no tenía ningún interés en que el señor Hunter regresara al Africa.

—¡Oh, no podrá!—contestó Wicky a pesar de que la pregunta iba dirigida al señor Hunter—. Tiene una fiebre de seis sílabas.

—Mala cosa; pero espero que no tendrá complicaciones.

La señora Wicky no cesaba de preguntar al señor Hunter. Quería que le contara sus maravillosas aventuras. Pero Hunter no quería molestar más, y, por otra parte, tenía unos deberes que cumplir. La señora Wicky no pudo curiosear como quería, y el señor Hunter se marchó.

En la puerta, Wicky dijo todavía al señor Hunter:

—Ya no creo que necesite esas gotas.

Y se las devolvió.

Hunter miró el reloj y dijo:



—Las doce en punto. Terminó el día.

Los dos esposos se quedaron solos. Bill anhelaba este momento, y por eso no le hizo mucha gracia encontrar en su casa al señor Hunter.

—Bill, ¿te has dado cuenta?—preguntó Wicky a su esposo—. Ya ha sucedido.

—No me he dado cuenta de nada.... Pero, dime, ¿qué es lo que ha sucedido?

—Que ya llegó él.

—¿Quién? ¿Y cuándo?

—Después de llamarte por teléfono.

Bill creía volverse loco. Y preguntó:

—¿Y quién es él?

—Pero si acabas de verlo!...

—¿Te refieres a...?

—Sí, cariño. Créelo. Es verdad. Tal como me lo predijo la señora Sibyll: será un hombre que viene de tierras lejanas, un hombre solitario y aventurero. Y me dijo que lo conocería el día 22. En efecto, cuando lo he encontrado, no habían dado todavía las doce. Además, es un hombre encantador.

—Me parece muy bien. Se introduce en mi casa, se bebe mi «whisky», flirtea con mi esposa, y yo, el perfecto anfitrión, le invito a que venga cuando quiera. ¿Estaré yo tonto?

Wicky se asomó a la ventana para contemplar a Hunter, y luego se acercó al sofá donde su marido se había echado y donde estaba medio dormido.

—Bill, óyeme bien. Rodéame con tus brazos, fuerte, para que no pueda escapar. Hemos cometido muchos errores, como tantos otros matrimonios. Pero hablemos con sinceridad. Es un momento trascendental para nuestras vidas. Y aun estás a tiempo de demostrarme que soy tu esposa querida y no la mujer bonita que te agrada lucir en tus ratos de ocio...

Pero Bill, que no esperaba la recepción que su esposa le tenía preparada y que, después de una agotadora labor científica, había



volado hacia su casa, estaba profundamente dormido y roncaba. En esas condiciones, no se enteró de cuanto su esposa acababa de decirle.

—¡Bill! ¡Bill!—gritó ella. Pero viendo que Bill no respondía, se limitó a desearle un buen sueño—. Que descanses, profesor Whitley.



Bill anunció a su esposa unas buenas vacaciones para cuando terminara sus investigaciones sobre el cometa.



Nancy Potter propuso a la señora Whitney visitar a la famosa pitonisa.



—Ahora soy yo quien te  
prohibo que me beses. Es  
martes.



—Ves usted el cuadro  
simbólico del Zodíaco, se-  
ñora Whitley—dijo, mos-  
trándoselo, la pitonisa.



Después de lo que le dijo la pitonisa, Wicky resolvió dormir separada de su esposo.



—Usted tiene arma, querido Bill— anunció el doctor Green.

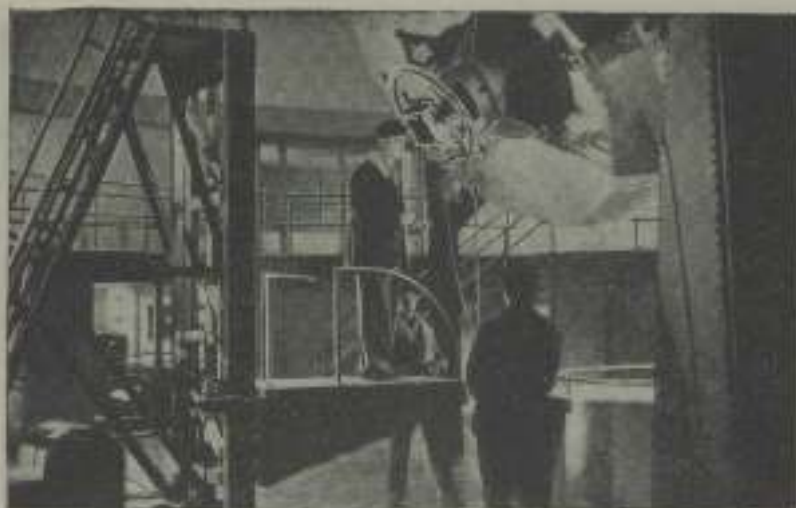


—Perla, entregarás esta  
carta a mi esposo.



¿Sería el señor Hunter el  
«verdadero amor» que la  
pitonisa le había pronosti-  
cado?





El profesor volvió al laboratorio, pero su pensamiento estaba muy lejos de allí.



—Que descanses, profesor Whitley!—exclamó Wicky al verle tan profundamente dormido.



—¡Siga usted hablando o le doy con este busto en la cabeza!—gritó Bill.



—No se preocupe, señora Whitley, su esposo volverá.



—¿Entonces yo soy el «verdadero amor» que llueve en el horóscopo?— preguntó Hunter a Bill.



Hunter arregló tranquilamente la corbata al marido de Wiskey.



El profesor Siewe mos-  
tró a Wicky a su marido  
sentado en la puerta de su  
hotelito de Mont Russ.



y Bill mostró al húsar-  
copo a Hunter, su rival.

## V

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, Bill seguía roncando en el sofá.

Llamaron al teléfono. Perla, la nueva doncella, salió para ponerse al aparato. Ni con el timbre del teléfono Bill se había despertado.

La persona que había llamado preguntaba por el señor Whitley. Pero al señor Whitley no había modo de despertarlo. Y la señora se había marchado a las ocho.

Perla colgó el auricular una vez terminada la conversación telefónica, y se dispuso a llamar al profesor Whitley.

— Señor, señor!

— Venga cuándo quiera — murmuró medio dormido el profesor.

— Ya estoy aquí. Pero despiértese, señor. ¡Vamos, despabilase, señor! No hay duda, es un buen dormilón.

— Si — contestó inconsciente el señor Whitley.

— Soy Perla.

— ¡Hum!...

— ¡La criada nueva!



En efecto, la señora Whitley había cambiado por enésima vez de criada. Ahora le tocaba el turno a una oronda mujer negra.

A pesar de los gritos que daba la criada, Bill no conseguía despertar del todo, y se limitaba a murmurar, medio dormido:

—¡Hum!...

—Apuesto que busca usted a su esposa. Pero no la encontrará. Se fué.

Y como un verdadero sonámbulo, iba andando por la habitación como si buscara algo o a alguien.

Finalmente, Bill se había despertado. Al oír de labios de aquella muchacha que Wicky se había marchado, preguntó adónde había ido.

—No lo sé, señor; pero se marchó. No creo que tarde. No llevaba sombrero, ni siquiera cogió el bolso.

—¿Ha telefonado?

—No, señor; pero ha llamado un sinfín de gente. No han parado en todo el día. Llamó uno del «conservatorio» y se puso furioso con no sé qué de un cometa o algo parecido. Decía que iba a chocar algo. También llamó una señora llamada Potter. La última vez que llamó el caballero del «conservatorio» me dijo que vendría a por usted.

—Sí; cuando llegue el profesor Stewo, hágale pasar.

—¿Y si viene miss Potter?

Miss Potter era la culpable de que a la señora Whitley le hubiese dado la manía de la astrología. Y en cuanto oyó pronunciar su nombre por la criada, Bill no pudo menos que decir con fuerza y convicción:

—¡A ésa échela!

En aquel momento llamaron a la puerta. Bill creía que era Wicky que regresaba; pero se encontró de nuevo con el señor Hunter.

—Siento molestarle—dijo éste—; pero anoche olvidé aquí mi botiquín de urgencia.

—En efecto, así es, pero...

—Si me permitiera recogerlo,

—Sí, sí, pase usted, Créame, señor Hunter, que celebro mucho que viniera.

Bill malició un poco al ver al señor Hunter tan bien vestido y tan peripuesto, y no pudo menos que hacérselo observar.

—Caramba, señor Hunter, está usted muy elegante. ¿Busca usted novia?

—¡Oh, no!—contestó Hunter algo turbado y dispuesto a marcharse.

—¿Tiene usted mucha prisa? Lo digo porque querría rogarle que me concediera unos minutos de conversación.

—¡Cómo no! Estoy a su disposición.

Bill le hizo sentar, y francamente, sin rodeos, le soltó la frase:

—¿Dónde está mi esposa? No, no busque ninguna justificación. No me mienta. Se fué esta mañana, a las ocho. Se habrán encontrado en algún lado. Dígame, ¿qué ha hecho con ella?

Hunter creyó que Bill se había vuelto loco y había bebido demasiado.

—Creí que sólo bebía usted agua.

—No crea, señor Hunter, que esté bebido. Ni me venga con evasivas. Quiero saber dónde está mi esposa.

Menuda situación para el señor Hunter, que, sin tener arte ni parte en la súbita desaparición de la señora Whitley, se hallaba aparentemente mezclado en ella. Pero era inocente, y por eso podía decir con manifiesta sinceridad:

—Mi contestación, señor profesor, es que no la he visto desde anoche.

Pero a pesar del tono convincente del señor Hunter, Bill quiso cerciorarse de ello, y preguntó:

—¿Me lo asegura usted?

—Claro que se lo aseguro. Pero, diga, ¿a qué viene todo esto? Yo ignoro dónde está la señora Whitley, y ésta es la verdad.

—Cálmese, cálmese un momento. En este caso hay algo que debí usted saber y es preciso que yo se lo diga —aclaró Bill—. Tome, beba —le dijo ofreciéndole un vaso.

—Nunca bebo durante el día.

—Pues hoy opino que lo necesitará, señor Hunter. ¿Qué sabe usted de los destellos cósmicos?

—¿De los destellos cósmicos? —preguntó extrañado el señor Hunter—. Ni una palabra.

—Lo sabrá. Vamos a ver: ¿qué día nació usted?

—El trece de junio —contestó Hunter algo sorprendido.

—De modo que ayer estaba usted en conjunción con Neptuno. ¿Sabe usted a qué me refiero?

A Hunter se le antojaba que Bill estaba completamente loco. Pero, delicadamente, le sugirió:

—¿Adivinanzas?

—Peor. ¿Usted cree que se llama Hunter?

—Lo supongo.

—Pues está usted en un error. Usted es el señor Incógnito, el señor desconocido que se espera todos los días. Es usted el segundo esposo de mi mujer.

—¿El segundo qué de su mujer?

—No le dije yo a usted que necesitaría un trago. Y ahora yo pregunto: ¿no es el colmo de lo absurdo el que estuviera escrito que mi esposa me abandonara al conocerle a usted?

—¿Por qué a mí?

—Porque usted tiene todos los requisitos. Si, venga usted aquí. Se lo demostraré.

Bill cogió las hojas en las que estaba escrito el horóscopo que Miss Margaret Sibyll había hecho para Wicky, y leyó: «Entre esta noche y la del veintidós de este mes, un hombre muy aventurero —éste es usted— llegará a tu vida».

—¿Y usted no puede hacer nada contra eso?

—¿Yo? Absolutamente nada. Y usted tampoco. Y ella tampoco. Se trata de un destello cósmico. Estaba escrito.

—Bueno, y usted qué sabe si es verdad.

—¿No se lo he dicho? ¿Aun no está convencido? ¿Se da cuenta a qué fantásticos desastres puede verse arrastrada una mujer? Mire, Hunter, los dos ya somos mayorcitos. ¿Qué le parecería un cambio de distrito? No tendría usted que vigilar estas calles tan apartadas y tan aburridas. Yo puedo arreglarlo con

el jefe de Defensa Antiaérea, buen amigo mío. ¿Qué opina usted?

—Acaso sea la mejor solución.

En aquel momento llamaron a la puerta. Bill sugirió que lo mejor era que Hunter saliera por la cocina. Los dos se dirigieron a ella, mientras Perla abría la puerta y se encontraba ante la señora Nancy Potter, a la que, cumpliendo órdenes del señor Whitley, no dejó pasar.

Saliendo por la cocina, hacia el patio trasero, Bill dijo a Hunter que no comprendía cómo le gustaba vivir en un clima tan cálido, ya que, para sus fiebres le convertiría un lugar frío como Labrador, Islandia, Nueva Escocia. Los dos hombres se despidieron y Bill penetró en la cocina, donde se hallaba Perla, la nueva criada.

—Perla—le dijo—, su señorito es lo más grande del mundo.

—Sí señor.

—Bueno, también el vigilante es un tío simpático.

—Desde luego, buena planta—si que tiene.

Llamaron otra vez a la puerta. Bill pensó que llegaba su mujer. El mismo corrió para abrir, pero se halló sorprendido al ver que era Hunter quien llamaba.

—¿De vuelta ya? —le preguntó.

—¿Whitley? —preguntó a su vez, Hunter muy serio.

—Sí."

—Tengo que decirle una cosa. La verdad. Anoche, después de hablar con su esposa por primera vez, dejé el botiquín a propósito. Era un truco. A veces uno no puede resistirse. Quería verla de nuevo.

—¿Está usted enamorado de mi esposa?

—Sí, señor Whitley. He llevado durante años en mi corazón la imagen de una mujer. Jamás soñé que existiera en la realidad. Y anoche la conocí en esta casa. ¿No supone lo que voy a hacer?

—Lo ignora, pero si es que están en juego las fuerzas cósmicas, no crea que ninguno de nosotros pueda evitarlo. Somos juguetes del destino.

—Pues yo no juego.



La conversación tuvo que ser interrumpida ante la llegada del doctor Stewe, quien, muy inquieto, iba en busca de Bill.

—Es preciso que venga usted inmediatamente —le dijo Stewe.

—Adiós, Whitley — exclamó Hunter, viendo que Bill tenía que marcharse.

—No, no se vaya. He de hablar con usted.

El doctor Stewe se opuso porque era preciso que Bill subiera al Observatorio, donde le aguardaban los astrónomos más insignes de América.

—Por favor, Bill — suplicó Stewe. Va usted a dejarnos ahora en mal lugar, después de haber colaborado intimamente con nosotros todos estos meses? Toda la atención del mundo está concentrada en usted. Se trata de su cometa. Usted lo descubrió, lleva su nombre. Y quiere no estar presente al ocurrir la colisión. Vamos deprisa, Bill.

Bill se dejó convencer, pues, a fin de cuentas, le interesaba tanto o más que a Stewe trasladarse rápidamente al Observatorio.

Los dos hombres subieron en el coche de Stewe. Este se puso en marcha y tomó una gran velocidad. Pero, aprovechando que el guardia detenía el tráfico, Bill saltó del coche y se marchó, confundiendo entre la gente, lo que desesperó, como es de imaginar, al ya confiado doctor Stewe.



## VI

¿Qué le había sucedido a Bill? Durante el viaje, tuvo una gran idea, que se dispuso a poner en práctica. Con objeto de evitar que Hunter se viera con Wicky, se fué a visitar al jefe de la Defensa Pasiva, que era muy amigo suyo, para decirle que en un hotelito situado en Monte Ross se veían muchas luces encendidas, una claridad enorme, y que era urgente mandar al hombre de su mayor confianza para que vigilara aquello toda la noche. El hombre de confianza del jefe de la Defensa Pasiva era Hunter. Por consiguiente, éste sería mandado a Monte Ross y dejaría tranquila a Wicky.

Pero Stewe ignoraba lo que había hecho Bill, y estaba literalmente abatido. Cuando llegó, solo, al Observatorio los invitados estaban ya llegando. Y Bill sin aparecer.

—Tendré que dar 'yo la conferencia—dijo al entrar en el despacho del Observatorio, donde se hallaban Forbes, Pierson y otros. Y pidió a Forbes que le entregara las cuartillas que Whitley había preparado. Pierson se encargaría del cuadro de mandos y de vigilar las luces. Strand cuidaría de la presentación, y de justificar, a base de una presunta enfermedad, la inesperada ausencia del conferenciante.

Pero cuando se hacían todos los preparativos para reemplazar a Whitley, éste se presentó, lo que causó la natural alegría en todos los jefes del Observatorio.

—¿De qué apuro nos saca usted, Bill! —dijo Stewe, respirando a pleno pulmón.

—Llego sin novedad. Oye, Strand, ¿tienes dinero? Págame el taxi, ¿quieres? ¿Está ya todo listo? Pues a localizar el cometa inmediatamente. Entretanto, usted, Forbes, ruegue a los invitados que suban a la galería. Vamos a comenzar en seguida.

—¿Sucedió algún milagro? —dijo Stewe, no repuesto todavía de las recientes y fuertes impresiones.

—No, no. Lo arreglé todo con mi acostumbrada pericia.

—¿No le habrá usted matado?

—No, mucho mejor. Le he eliminado.

Y explicó a Stewe todo cuanto había hecho con el jefe de la Defensa Pasiva.

—¡Magistral! —gritó entusiasmado el señor Stewe. Ahora ya está usted libre de preocupaciones.

—Me hubiera gustado ver la cara que pondría Hunter cuando le ordenaran de subir al Monte Ross. Mire usted, Stewe, yo he cometido muchos errores estos días; pero ahora creo haber hecho algo verdaderamente razonable. ¿Me permite usted que llame por teléfono a Wicky?

Bill llamó a su esposa, pero fué la nueva criada Perla la que se puso al aparato. La señora Whitley no estaba en casa. Se marchó, después de haber preparado las maletas que se llevó con ella, y dejó una nota: Bill rogó a Perla que le leyera su contenido, y quedó perplejo y abatido cuando supo, a través de las cuatro líneas, que Wicky se había ido a su hotelito de Monte Ross.

Colgó el auricular, y en aquel momento fué llamado por Strand, quien le anunció que le estaban aguardando en la galería del Observatorio, donde debía tener lugar la conferencia y el experimento científico de Bill.

El profesor Whitley se dirigió a la galería, que estaba llena de público, y se dió comienzo al acto. En aquel momento Bill hubiera querido desaparecer. La noticia que le diera Perla le dejó

tan profundamente desconcertado que ya no servía para nada, y mucho menos para dar una importante conferencia sobre un tema tan delicado.

Fue Stewe quien inauguró el acto, con estas palabras: «Señores y caballeros: Celebramos darles la bienvenida como invitados del Observatorio de Monte Jefferson y tenerles a nuestro lado para atestiguar lo que consideramos un acontecimiento memorable. El profesor Whitley, que será un mentor durante el experimento, va a dirigirles unas breves palabras. Como quiera que sería imposible que todos mirásemos a la vez por el telescopio, vamos a emplear un invento nuevo. Por medio de esta célula foto-eléctrica, la fase completa de la colisión del cometa con la luna será proyectada en esa pantalla. Y ahora, el profesor William Stewart Whitley os dirigirá la palabra.

Bill se levantó de su asiento y se dispuso a comenzar su disertación. Pero Bill estaba literalmente deshecho y le resultaba difícil coordinar las frases y centrar el pensamiento.

—Ah, sí...—dijo para empezar, como si bajara de la Luna—, Señoras, se-se-señoras y caballeros. Estamos reunidos aquí esta noche para... para presenciar un soberbio drama celestial. Un... (murmuró, vacilante) dos cuerpos celestes están a punto de encontrarse. En... en... la... la historia de la observación planetaria, sólo ha habido dos colisiones que se conozcan entre cometas y planetas. Un... la primera ocurrió al chocar un cometa en lo que hoy es... a... Arizona... hace... hace... unos mil doscientos años. Era... era un tipo bastante corpulento de unos ochenta o algo más. (Pierson y Stewe se miran sorprendidos). Bueno, quería decir que... era... de unos seis o tres millones de toneladas. (Son, ahora, los espectadores los que se miran sorprendidos ante los disparates que suelta el joven y desconcertado profesor de astronomía. Pero éste continuaba la disertación). Produjo un hoyo conocido ahora por el... un... por un... por el Gran Cráter de... de... Arizona. Oh... el... el segundo cometa cayó en Siberia en 1908, y durante... durante varias noches, después del choque, la región... que... era entera estuvo... iluminada con luz tal... que se veía a miles... y... miles de metros y... ni un vigilante

de Defensa Pasiva... por aquellos alrededores. Bueno, lo que yo... lo que yo quería decir es que... aquello hacía el efecto de un raid aéreo y... causó extensa destrucción, oh, y muchas desgracias y... muchas inundaciones.

Bill no sabía lo que se decía. Peroraba sobre un tema científico de trascendencia, en el que estaba perfectamente penetrado; pero en aquellos momentos, su pensamiento estaba tan lejos como el propio cometa al que, en su conferencia, había de referirse. Consciente de la difícil situación que, ante tan distinguida y atenta concurrencia, se iba creando, rogó a su compañero, el doctor Strand, que iniciara la proyección. Strand manejó el aparato y en la pantalla fueron reflejadas la Luna y las estrellas.

—Vean la Luna, señoras y caballeros—exclamó Bill—, aumentada de unos cien diámetros. Ahora —dentro de dos minutos... si mis cálculos exactos no fallan—, el cometa debe de entrar en la pantalla por el lado superior derecho. Ahora... concentren su atención. La visión es... clarísima.

Cuando Bill y Strand hubieron concentrado la atención del auditorio en la pantalla, el primero aprovechó la circunstancia y la oscuridad de la sala para deslizarse hasta el telescopio que a diario le servía para sus experiencias, y a través del cual podía contemplar a su esposa, ya fuese cuando ésta se hallaba en su propia casa, asomada a la ventana, ya fuese cuando se encontraba en la puerta de su torre del Mont Ross.

Bill miró por el telescopio, y vio cómo Wicky se apeaba de un coche frente al hotelito de Mont Ross y cómo penetraba en él.

—No puede verse mejor—exclamó. Y luego dijo—: Oh, no, no entres, amor mío. Vete, Vete.

Los invitados se miraron sorprendidos. No entendían nada de todo cuanto sucedía, y ya empezaban a mosquearse, creyendo ser víctimas de una broma pesada. Pierson procuró resolver la incómoda situación, que iba degenerando en imposible, y rogó al auditorio que fijara su atención al lado superior izquierdo, pues el cometa iba a aparecer. En la pantalla se proyectó un cometa que se dirigía hacia la Luna. Pierson miró el reloj y anunció que



la colisión se producirá a los cincuenta segundos justos. Pierson, reloj en mano, iba contando los segundos que quedaban.

Bill, a pesar de la emoción del momento, en que se jugaba su reputación y su carrera como hombre de ciencia, estaba totalmente distanciado de la expectación reinante en la sala. Toda su atención radicaba en cuanto podía hacer su esposa en aquellos momentos decisivos para su vida particular.

Por el telescopio, Bill vió cómo frente al hotelito de Mont Ross llegaba Hunter y dejaba su motocicleta al lado del coche de Wicky. Hunter se apeó. Al verle, por el telescopio, Bill gritó:

—Fuera, fuera de ahí.

Los invitados a la conferencia estaban cada vez más desconcertados. Pierson continuaba contando los segundos que faltaban. ¡Quince, catorce, trece, doce, once y así hasta uno!

En aquel preciso momento —momento ya previsto por el propio Bill—, la colisión se produjo en el firmamento. El triunfo, la gloria del joven astrónomo habían quedado asegurados, quedando así desvanecidos los justificados temores que, por el cariz que iban tomando la conferencia, todos los colegas de Bill tuvieron durante aquellas horas críticas.

Stewe gritó:

—Esto, señoras y caballeros, es el triunfo de Whitley. Sus cálculos eran exactos al segundo.

Y dirigiéndose a Bill, le felicitó y le dijo que todos estaban orgullosos de su espléndido trabajo.

Los invitados a la conferencia y a la prueba rodearon a Bill y le saludaron.

Pero Bill pensaba más en su mujer que en el cometa y en el público que había asistido a la experiencia.

Terminado el acto, Bill salió disparado hacia su hotelito de Mont Ross, con objeto de ver lo que había pasado entre Hunter y su esposa.

Llegó Bill a Mont Ross, penetró en el hotelito sin ser visto, y sorprendió un diálogo entre Hunter y Wicky.

—¡Oh, fué estupendo, estupendo!—dijo Wicky.

Bill se acercó a la cocina y pudo ver a los dos. Hunter cantaba:



Yo muero porque alguien me quiera,  
que sea su idolo, sólo suyo.  
¿Cómo soportar la idea de estar  
a solas eternamente en esta tierra?  
Necesito que me llamen carifito,  
que me quieran, que me acaricien,  
que me cuiden con desvelo.  
Ya que los flirts se acabaron para mí,  
Yo muero.  
No quiero sólo amistad.  
Yo muero.  
Suspiro.  
Por querer y que me quieran también.

El estribillo de la canción iba a cargo de Wicky.  
Terminada la cantata, Bill, que se hallaba en la entrada de la cocina, se puso a aplaudir a los cantantes.

—¡Encantador, encantador!

—¡Oh, Bill!—murmuró Wicky.

—¡Encantador!

A Wicky, todo aquello no le parecía excesivamente grave. Y prueba de ello es que sin ninguna ficción, con un aire de ingenuidad que desarmaba al menos predispuesto, exclamó:

—No te parece, Bill, tenía que oírle cantar. Lo hemos pasado formidablemente. Hunter sabe canciones de todos los países: rusas, húngaras, francesas. Ha sido divertidísimo.

—¿Pero—se formalizó Bill—pretenden hacernos creer que esta sesión de canto a dos voces y en seis idiomas ha durado toda la noche?

—Claro que sí. ¿Qué suponías? ¿Y qué entendías por toda la noche?

—¿Saben ustedes la hora que es?—preguntó Bill.

—Debe de ser algo tarde—respondió Hunter.

—Se nos han pasado las horas hablando—dijo Wicky—. Y tú, y el cometa, ¿qué ocurrió?

—¿Aun recuerdas eso? Bien, gracias. Vino y se fué... al contrario de algunas visitas.

—Mira, Bill. Me vine aquí al hotelito para no encontrar otra vez a Hunter Lloyd. Pero esta noche —como todas— algo, algo sobrenatural, lo trajo aquí.

También a Hunter, el hecho de coincidir de nuevo y en aquellos parajes con la señora Whitley le parecía algo extraordinario, superior a todas las previsiones humanas.

—¿No le decía ayer a usted que éramos meros juguetes del amor?—recordó Hunter a Bill.

—Nuestro rumbo ha sido trazado. ¿Verdad, Lloyd? —dijo, muy segura de sí misma, la esposa de Bill.

—¿Lloyd? ¡Vaya, vaya, ya le llamas Lloyd! Supongo que usted la llamará Wicky.

—Naturalmente.

—Entonces, ¿le importa que yo también le llame Lloyd?

—En absoluto, encantado.

Bill, en tono de broma, pero con síntomas evidentes de despecho, exclamó:

—Pues a mí llámeme Bill.

—De acuerdo, Bill.

—¡Oh, Lloyd!

Wicky preguntó a su marido si estaba enfadado, a lo que éste repuso que no tenía razón para estarlo.

—Tiene usted que admitir Bill—intervino Hunter—que yo no he puesto nada de mi parte.

—¿Y yo no he luchado contra ello?

Entretanto Hunter, como si estuviera en su propia casa, se tomó otra taza de café. Al ver el gesto de Hunter, Bill no pudo evitar de exclamar:

—Alto, querido Lloyd. El horóscopo no decía que me fuera usted a dejar sin café. Wicky, supongo que no me creerás demasiado materialista; pero ¿quieres decirme, por favor, cuál es exactamente nuestra situación?

—Bill, opino que sólo hay una salida. ¿Nos separamos ami-

gos? Que no haya entre nosotros ni reproches, ni rencor—propuso Wicky.

—¿Separamos? Cómo voy a poder volver a mi vida de soltero.

—En el fondo—repuso Wicky—, nunca has dejado de serlo. Bill, sé leal. Has nacido para soltero. Lloyd me necesita más que tú. Su vida está vacía, sin hogar, ni compañía, yendo de un hotel a otro, solitario siempre.

—Ya le compraré un perro—dijo Bill, a guisa de solución.

—Bill, estás fatigado. Acuéstate, y mañana, con la mente más serena, veremos lo que se hace.

—Y dirigiéndose a Lloyd le dijo:

—¿Nos vamos, Lloyd?

—¿Tan pronto?—exclamó éste—. Yo que pensaba ofrecerte alguna codorniz antes de irnos. ¿Puedo coger una escopeta, Bill?

—Naturalmente. Seguro que cazará usted dos de un tiro.

—Lo hace—intervino Wicky—. Y una para ti. Debéis ser muy amigos los dos.

—Por mi parte, no hay inconveniente. Una buena esposa bien vale una codorniz.

—Y ahora voy a decirle que mate una para Nancy Potter.

—Insinuó Wicky.

A lo que Bill, muy seguro de lo que se decía, exclamó:

—Mejor es que le digas que mate a Nancy Potter.

## VII

Después de estas escenas tan desagradables para Bill, éste no se presenta en casa, aun cuando desea fuertemente la reconciliación con Wicky, y busca por todos los medios la ocasión que le permita de reanudar su vida normal con ella.

Un día se presenta ante su propia casa, y coincide con la llegada del cartero, quien deposita varias cartas en el buzón. Bill espera que el cartero se aleje, pues quiere evitar que, por uno u otro conducto, Wicky se entere de su presencia por aquellos lugares, y se apodera de las cartas. Una de ellas procede de la pitonisa Mrs. Margaret Sibyll. Bill vuelve a echar todas las cartas al buzón menos la de Mrs. Sibyll. Con ella, Bill se fué a su casa y abrióla al vapor del puchero. Enterado de su contenido —el horóscopo que semanalmente le mandaba la señora Sibyll—, tuvo una gran idea: la de hacer un nuevo horóscopo y meterlo en el sobre.

En el nuevo horóscopo, Bill escribiría algo que pudiera sobresaltar, inquietar a su esposa y que la hiciera meditar con referencia a lo que en el horóscopo anterior, la señora Sibyll le había predicho.

En efecto, así hizo Bill. Y para presenciar la escena, y no ser visto por nadie, éste se escondió detrás de unos arbustos.

Nancy salió a la ventana:

—¡Wicky! ¡Wicky! Acabo de recibir mi horóscopo semanal. ¿Tienes ya el tuyo?

—Probablemente estará en el buzón — respondió Wicky—. Luego lo recogeré.

—No te molestes. Ya te lo subiré yo.

—Gracias.

En aquel momento apareció Bill, quien se dirigió al buzón. Allí coincidió con la señora Potter.

—Buenos días, querida vecina.

—Wicky me pidió que le subiera el correo.

—Sí, ahora lo recogía yo.

Y cogiendo las cartas y mirándolas una a una, dijo:

—¡Vaya, vaya, las mujeres acaparan todo el correo! Todo es para ella.

Entregó las cartas y se marchó en su coche.

Impaciente por ver lo que decía el horóscopo, Nancy abrió la carta de la señora Sibyll. La leyó y tuvo un desengaño mayúsculo.

—Wicky—le dijo—, Sucede algo terrible.

—¿Qué?—exclamó, sobresaltada, la esposa de Bill.

—Tu horóscopo. Mira lo que dice: «En cuanto a su actual marido, una sombra tenebrosa se ha cruzado repentinamente en la fase de su signo. Significa un accidente violento...»

Wicky siguió la lectura:

—Significa un accidente violento, o un colapso fatal. Imposible determinarlo, pero está sentenciado y puede ocurrir en cualquier momento. Pero esto es ridículo—exclamó Wicky—. Cómo puede escribir tal cosa. Bah, estoy segura que es un error.

—No, Wicky, Mrs. Sibyll no se equivoca nunca.

Wicky no quiso seguir la lectura y se precipitó sobre el teléfono, para llamar a la señora Sibyll.

—¿Es usted Mrs. Sibyll? Aquí, la señora Whitley. Acabo de recibir el horóscopo, pero creo que ha debido confundirse.



—No, señora Whitley — contestó Mrs. Margaret —. Lo que dice es verdad. Imposible confundir los signos. Hay fuerzas que escapan a nuestro control.

¿Por qué Mrs. Sibyll hablaba así? ¿Es que estaba convencida de no haber equivocado el sobre? No. Hablaba así porque a su lado estaba Bill, quien la obligaba a expresarse en aquella forma. Al ver que Mrs. Margaret vacilaba al hablar con la señora Whitley, Bill cogió una estatua y amenazando a la pitonisa, le dijo:

—Siga, o le atizo.

Mrs. Sibyll tapó el receptor y dijo:

—¡Esto es un atropello!

Bill, sin dejar la estatua que llevaba en la mano, respondió:

—¿No ha deshecho usted mi matrimonio? Arrégleselas como pueda.

Mrs. Sibyll seguía hablando al teléfono:

—Sí, señora Whitley, es una pena. Un hombre tan joven y con tan brillante carrera. Tiene que resignarse.

—¿Está usted segura de lo que dice?—preguntó desde el teléfono la señora Whitley.

—Segurísima. No retiro ni una palabra. Sus días están contados.

La conversación telefónica terminó, y la señora Sibyll dijo, dirigiéndose a Bill Whitley:

—¿Y espera usted recuperar a su esposa de esta forma?

—Claro que sí.

—Ya sé que usted nos desprecia, señor Whitley, pero la Astrología era una ciencia hace dos mil años, de cuando no se oía hablar de la astronomía. Y no permitiré que usted ni nadie falsee nuestra sabiduría de siglos, escrita en el Zodíaco.

—¡Oh, para usted el Zodíaco! Y mire, usted, insigne pitonisa, ojo, mucho ojo en llamar ahora a mi esposa para decirle que yo la obligué a mentir. En el caso de que lo hiciera, todos sabrán quién es usted.

—No tengo que esconderme de nadie, ni reprocharme de

nada. Mi reputación profesional está respaldada por muchas personalidades de este país.

—No, señora Sibyll, Yo no me refiero a la astrología; sino a... a algo muy diferente. Ya sabe usted qué.

En aquellos momentos, una idea cruzó la mente de Bill. Atemorizaría a la señora Sibyll bajo pretexto de que sabía algo muy grave de ella, algo que, de ser puesto en evidencia, podría acarrear serios disgustos a la pitonisa. En realidad, la prueba a la que Bill se sometía era arriesgada, pues él no sabía nada a ciencia cierta con referencia a la conducta privada de la señora Sibyll. Y fué para seguir su plan que Bill dijo, impasible y como seguro de sí mismo:

—¡Infundios! ¡Calumnias!

—Ya sabe usted que no.

—¡Oh!—exclamó la señora Sibyll—. Por qué confiaría en Nancy Potter.

—¿Nancy Potter, eh? ¿Por qué se fió de ella?

—No me asusta usted fácilmente. Buenos días, profesor. Stella, acompaña al caballero.

Cuando éste parecía salir, Mrs. Sibyll se dispuso a telefonear, pero Bill le arrebató el aparato, mientras decía:

—Todas las llamadas que se hagan desde aquí las haré yo. Y sin replicar.

—¿Pero qué va usted a hacer?—preguntó Stella.

—Mucho.

Llamó a un número cualquiera pretextando que se trataba de una dependencia de la policía o del despacho de un detective. Pero, habiendo llamado al azar, resultó que quien se puso al aparato fué el doctor Gurtchakoff, director de una clínica de perros.

—Oye, ¿eres tú, Nick?—preguntó Bill.

—Esto es una clínica de perros, y yo soy el doctor Gurtchakoff.

—Oiga, Nick—prosiguió Bill—. Sigues con esta historia de Mrs. S. ¿Me oyes, Nick? Mrs. S. y la chica Friday.

—Escuche, amigo—respondió el doctor. Aquí no hay ninguna Friday, ni sabemos quién es Nick.

—O. K. Nick. Pues ahora verás. Anótalo. Te llamaré dentro de un rato. Eso era mi llamada.

Pero Bill no era hombre que se inmutara fácilmente, ni ante las situaciones más insospechadas y arriesgadas, y siguió hablando como si tal cosa para amedrentar a la señora Sibyll.

## VIII

La primera parte de su plan estaba ya realizada. La segunda consistía en hacerse visitar por el doctor a quien había telefonado, y hacer ver a su esposa que, de acuerdo con el horóscopo que él mismo le había hecho, se encontraba realmente en un trance difícil. Con este propósito, Bill salió del domicilio de la señora Sibyll y se dirigió al suyo propio, desde donde llamaría nuevamente por teléfono al doctor Gurtchakoff, rogándole que pasara por su casa cuanto antes.

Poco rato después llegaba éste acompañado de Vladimir frente a la casa de Whitley. Este apareció en aquel momento:

—¿Doctor Gurtchakoff?

—Sí, sí, soy el doctor Gurtchakoff.

—Yo soy el profesor Whitley. Celebro conocerlo.

—Amigo mío, ¿no está usted un poco chiflado? Primero me telefona como Nick, y diez minutos después como el profesor Whitley, que quiere verme.

—Lo estoy mucho, doctor. Anda, entre usted, amigo mío.

El doctor Gurtchakoff, que era el director de una clínica de perros, preguntó a Bill una vez dentro de la casa:

—¿Dónde está el perro?

—No hay ninguno. Es para mí, Mire, mi querido doctor, realmente le necesito como amigo.

Al oír a Bill, el doctor Gurtchakoff se disponía a marcharse, no sin antes decir:

—¿Cree usted, acaso, que dedico las horas de trabajo a cultivar nuevas amistades? Bien, puesto que estoy aquí, ¿qué puedo hacer por usted?

—La idea es ésta: es... una especie de broma. Mi esposa volverá en seguida. Lo único que le pido es que le indique que lo que yo necesito es... un cuidado solícito y ternuras, mucha ternura. ¿Quiere usted complacerme?

—Si lo hago por un perro, ¿cómo no lo haré por un amigo?

—Sí, bueno. ¿Qué le parece que pusieramos aquí un maletín y sacáramos algún instrumental? ¡Oh!, sí, espléndido, espléndido; así tenemos que hacerlo.

Llamaron a la puerta. Era Hunter, quien, muy sonriente, se dirigió a Bill y le preguntó si estaba Wicky en casa. Al responder Bill que su esposa no estaba, Lloyd Hunter le dijo que Wicky le había mandado recado diciéndole que se presentara.

Bill hizo las presentaciones correspondientes. Al ver que se trataba de un doctor, Hunter preguntóle si Bill se encontraba enfermo.

—Si mi aspecto guardara relación con la enfermedad—contestó Bill—, no habría quien me mirase a la cara.

—Tome usted un vaso de coñac y se notará mucho mejor—propuso Hunter, como solución.

—¡Coñac, nunca!—intervino el doctor Gurtchakoff—. ¡Vodka! ¡Sólo vodka! ¿Hay vodka en su casa?

—Sí, pero lo guardamos para los invitados.

—Quizás por eso esté enfermo.

—Pero—preguntó Hunter—, ¿no será el vodka una medicina demasiado fuerte?

Fué servido el vodka y se inició una discusión entre Hunter, Vladimir y Gurtchakoff acerca de cómo tiene que beberse, con limón o sin él, con pimienta o sin ella. Acuerdan tomar un poco con limón y otro con pimienta. Y así van bebiendo varios vasos.



—¿Quién gana?—preguntó Vladimir—. ¿El de la pimienta?

—Antes de determinarlo, debemos hacer más experiencias. Empezaremos otra vez. Pero... ya se ha terminado el vodka.

—Tanto mejor—dijo Hunter—. Ya ha bebido bastante.

—Pero no ha formado opinión—atajó Gurtchakoff.

—Yo sí. Yo digo que el de la pimienta.

Con objeto de proseguir la prueba, Bill telefoneó al café ruso, y pidió que le mandaran en seguida una botella del mejor vodka. Como le dijeran que no lo servían por botellas, les dijo que le mandaran una caja, y preguntó, por teléfono, al dueño del bar si el vodka podía tomarse con canela.

Al oírlo, Vladimir se estremeció. «¿Canela! ¡No sabe lo que dice!»

Bill seguía conversando con el propietario del café:

—¿Le importa venirse aquí y resolveremos esta controversia?

—Tengo el café lleno de gente—contestó el cafetero.

—Pues que vengan también los clientes. Traígalos a todos. ¿No somos amigos?

Poco rato después penetraba en la casa de Bill un grupo de clientes del café ruso. Dirigidos por Bill, empezaron a beber, y se organizó una verdadera juerga en la casa. Los rusos se pusieron muy alegres y dedicaron cantatas al anfitrión.

Como la flor fragante de aroma tentador,  
este vino brillante nos incita a beber.  
Bebamos por Bill, nuestro querido Whitley,  
y rompamos el vaso antes de llenar otro.

La gente se va entusiasmando y se pone a bailar, rodeando a Bill. Este, no menos animado, se une a la danza; pero de pronto se para porque ve una multitud de perros, allá donde sólo hay uno al lado de una caja de botellas medio vacía.

Mientras tenía lugar la gran juerga en casa de Whitley, Wicky y la nueva criada, a la que acababa de contratar, iban hacia la casa.

—Es un casa muy descansada y muy tranquila—decía Wicky

a la nueva doncella— Estoy segura que le agraderá. Somos personas pacíficas y nunca tenemos invitados.

Pero cuando se acercaban a la casa, la doncella exclamó:

—¿Qué ruido es ése?

—¡Oh!—exclamó tranquila la señora Whitley—. Debe de ser la radio.

No, no era la radio. Era la juerga que había organizado su marido. Las dos mujeres penetraron en la casa, y se encontraron con la gran fiesta. En aquel momento Bill caía en brazos de los rusos.

—¡Vaya, vaya!—exclamó la doncella—. Nunca tienen ustedes invitados.

—¡Bill!—gritó, desconcertada, la señora Whitley.

Bill vio tres veces a su mujer.

—¡Hola, Wicky!

—¿Qué significa todo esto?

—Caríñito mío. Me estoy divirtiendo un poquito. Acaso sea la última vez. Bueno, adiós, amigos. ¡Buenas noches!

Vladimir, seguido del perro, salió detrás de los otros.

Hunter y Wicky llevan a Bill a su habitación. Y éste se durmió tranquilamente.

Unos días después, cuando Hunter entró en casa de Wicky, ésta, muy pálida, comunicó a aquél que acababa de encontrar a Bill en el suelo.

—Y ahora—prosiguió Wicky— no se debe a que algún médico loco le inyectara vodka. Esta vez no puede siquiera abrir las manos. Tenemos que llamar en seguida a un médico.

—¡Espera!—propuso Hunter—. ¿Sabes lo que ocurrió ayer? Llamaste al doctor Green, y Bill se puso de un modo que tuviste que avisar a otro médico.

—Pero no podemos seguir sin hacer nada! Tú mismo leiste el horóscopo.

—¿Y si los astros se equivocaran?

—No se equivocaron contigo. Hicieron que nos conociéramos.

—¿No es así? Ten paciencia. Sube y distrae un rato a mi marido.

A Lloyd la proposición no le hacía ninguna gracia. El quería

estar con Wicky, y ella le proponía de entretener a su marido. Pero, puesto que ella lo quería, Lloyd le complacería.

Pero cuando menos lo esperaban salió Bill y dejó caer una caja al suelo. El ruido fue mayúsculo.

—Cuánto lo siento, pero se me cayó de la mano. No se preocupen por mí. Sólo venía a por la llave de mi escritorio. Tengo que arreglar mis asuntos, ahora que tengo fuerzas.

Wicky ordenó a Bill que se pusiera inmediatamente en la cama. Pero Bill quiso, antes, recoger un documento. En efecto, lo recogió de la mesa. Se trataba del testamento que había hecho. «Algún día te será de utilidad, Wicky».

—Te voy a llevar arriba ahora mismo—anunció Wicky.

—¡Oh, prosigue, amor mío!—dijo Bill con la cantinela que tanto irritaba a su esposa.

Hunter cogió a Bill, y comentó:

—Aunque está enfermo, parece que gane en peso.

Mientras le subían, Bill advirtió a Hunter que la casa estaba ya pagada, de modo que él no tendría que molestarse.

Una vez en el dormitorio, Bill y su esposa se quedaron solos. Wicky le propuso de consultar a un médico. Pero Bill se opuso:

—¿Para qué? Estoy muy bien. Lo único que necesito es estar contigo. Tú sabes que mientras estás cerca de mí soy feliz. ¡Si parece que hace años que no estaba en tu habitación!

Bill abrió la radio, y se oyó el vals de «La viuda alegre». Hunter, al oír la música, se puso manifiestamente nervioso. A Wicky le pasó igual, y ordenó a Bill que cerrara el aparato.

—¿No oyes lo que tocan? ¡«La viuda alegre»!

Llamaron al teléfono, y preguntaron por la señora Whitley. Era Mrs. Margaret Sibyll.

—Agradezco mucho su llamada, Mrs. Margaret. Estaba muy preocupada por mi marido.

—Señora Whitley, la he rogado que viniera para sincerarme y descargar mi conciencia.

—Qué misterioso es todo esto.

—No tardará usted en saberlo.

Sin sospecharlo ni remotamente, Bill había acertado cuando

acusó a la señora Sibyll de ciertas cosas que podían redundar en su reputación. Si lo hizo con perfecta ignorancia de la verdad y sólo con el propósito de asustar a la pitonisa, luego resultó que esta, en efecto, debía reprocharse del delito de ocultación de víveres intervenidos oficialmente.

La señora Whitley se presentó en el despacho de Mrs. Margaret. Una vez allí, y en presencia de Stella, la señora Sibyll se explicó:

—Señora Whitley, todos nos equivocamos una u otra vez. Yo he procurado que nunca se me pudiera reprochar de nada. Me acatado como el primero las leyes de este acogedor país, pero he de reconocer que por una vez he cometido una falta terrible. Mi conciencia me obliga a ponerla de relieve ante usted. Tras de esta puerta secreta se oculta la prueba de mi delito. Stella, aprieta el botón.

—Mrs. Sibyll — exclamó, vivamente impresionada, la muchacha.

—¡El botón!—ordenó imperativamente la pitonisa.

Stella apretó el botón, y la puerta secreta se abrió lentamente, dejando ver una gran cantidad de botes de conserva que ella tenía almacenados. Había nada menos que tres mil.

—Ayer mismo lo declaré todo en la oficina de abastos. Me quedaré sin cartilla hasta dentro de unos cuantos años, pero me estará muy bien empleado. De esto fué, señora Whitley, de lo que se valió su marido para obligarme a mentirle a usted. Y ahora, señora Whitley, duro con el fresco de Bill.

Viendo que Wicky tardaba en regresar del teléfono, Bill bajó hasta el hall de su casa, donde se encontraba Hunter. Bill le preguntó, inquieto, si había visto a su esposa.

—No ha vuelto todavía. Se ha marchado a casa de la señora Sibyll.

—¿En casa de la señora Sibyll? ¿Y a qué fué?

—Algo urgente, por lo que parece. Mrs. Sibyll lo telefoneó diciendo que le recordía la conciencia.

—¿La conciencia?

—Sí, es lo que suele recordar. La conciencia.



—Me caí — exclamó desesperado Bill—. Adiós, William Stewart Whitley, doctor en Filosofía, maestro en artes, bachiller... de los divorciados.

Bill estaba seguro de que su esposa se había puesto al corriente de la farsa que él había improvisado con su ingenio, y se imaginó, se vió insultado, ridiculizado, vapuleado por su Wicky, de la que se consideraba, ya desde aquel momento, separado para siempre. Abatido ante la proximidad de unos acontecimientos que él suponía que iban a producirse de modo inexorable, Bill se dirigió hacia un gran retrato de su esposa que colgaba de la pared, y contemplándolo, exclamó con aire cómicamente compungido:

—Adiós, Wicky. Querías ser libre, cariño. Voy a permitir que lo seas.

Dirigióse luego a Hunter, para decirle:

—Hasta luego.

—¿Te vas, Bill? ¿Qué quieres que diga a tu mujer?

Bill, que estaba seguro de una separación definitiva, respondió:

—Pues... dile que... que espero que tú seas para ella un mejor marido que yo. Aunque estoy seguro de que no durará mucho vuestra unión si tú sigues poniendo los pies en esta forma. Esa es una de las cosas que le agradan menos. ¡Ah!, y otra cosa: procura no echar la ceniza por el suelo. Y ahora sólo me resta desearte muy buena suerte.

—¡Oh, Whitley! ¿No irás a marcharte?

—Sí, sí, enviaré a por mis cosas.

—No seas tonto, Bill. Tú te quedas.

—Te digo que me voy.

—Pues yo repito que te quedas. Tienes que saber que Wicky, tu mujer, te dejó a mi cuidado, y aquí has de estar, por lo menos, hasta que ella vuelva.

—¿Qué dices? ¿Sabes que empiezas a desagradarme, Hunter?

—Qué lástima, porque la verdad es que me vas pareciendo cada vez más simpático. Pero ahora es inútil: ahora no podrás escapar.



Hunter agarró a Bill. Este intentó librarse de Hunter, y lo consiguió, yéndose escaleras arriba hacia el dormitorio. Pero Hunter le persiguió hasta allí. Cuando los dos hombres se enfrentaron, Bill exclamó:

—Ahora comprendo lo que sufría Houdini en Scotland Yard, cuando, despojado de sus ropas, con las esposas puestas y encerrado en una celda blindada, se dió cuenta de haber olvidado la lima que llevaba siempre escondida en la boca. Pero se fugó limpiamente a pesar de todo. Y lo hizo en diez segundo. ¿Quieres que te demuestre cómo lo hizo?

—Hazlo.

—Bien. Mira este armario. El armario hará de celda blindada. Tú representarás a Houdini, y yo representaré, en bloque, a Scotland Yard. Anda, siéntate y echo la llave.

—No, no. Es mejor que hagas tú de Houdini y yo te encerraré.

—De acuerdo. Enciérrame tú. Por el momento pasa y míralo todo bien. No hay ni ventanas ni puertas secretas, ¿Ver? Yo no tengo tampoco nada en la boca, ni en las mangas—dijo Bill, como si comenzara un juego de manos.

—Y ahora, preparaos. Cuenta hasta diez.

Hunter se metió dentro del armario, y una vez allí contó hasta diez. Al llegar al final, abrió el armario; pero Bill había desaparecido.

—Adiós, Houdini—se oyó. Era la voz de Bill.

Entretanto Bill bajaba las escalera y cogía el sombrero de la percha, dispuesto a escapar. Pero en la puerta se hallaba Wicky, recién llegada, la cual estaba gritando a su marido:

—¡Bill! ¿Dónde estás, Bill? ¿Por qué no contestas? Estoy segura de que te has escondido.

Pero Bill no quiso responder. Por el contrario, trató de disimularse y no se vistió. Entretanto Wicky, furiosa, subía hasta el dormitorio de Bill; éste pudo llegar hasta la puerta de la casa.

Wicky entró en la habitación de su marido.

—¡Ah, cobarde!—dijo—. ¡Escondido en el armario! ¡Muy buen sitio para tí! ¡Eres un solemnísimo granuja! ¡Imposfor!

¡Falsificador! Abre en seguida. Lo sé todo. Tantas mentiras para demostrarme que me quieres. Debías estar avergonzado. Mereces una buena paliza. Pero yo también merezco una paliza, quizás más grande que la que te corresponde a ti. La merezco por no haberme dado cuenta de lo mucho que me quieres. ¡Bill Whitley! Te ordeno que abras esa puerta, o si no... la echo abajo.

En aquel momento Hunter apareció.

—Buscando a Bill, ¿eh?

Wicky se volvió bruscamente.

—¡Ah, Hunter! ¿Dónde está Bill? Se fué.

—Sí, Wicky. Se fué.

Wicky creyó que Bill ya no volvería a su hogar, y se dispuso a preparar sus maletas, no sin antes haber destrozado con inusitada violencia el horóscopo, causa de todos los males. Una vez tuvo preparado el maletín, lo recogió y salió. Hunter se hallaba tranquilamente en la puerta, presenciando la escena, y dirigiéndose a Wicky dijo:

—¿Crees tú que lo que vas a hacer en este momento lo sientes con verdadera sinceridad?

—Sin dudar, amigo Hunter. Bill me dejó sin escribirme una sola palabra de despedida, sin dejar el más leve rastro.

—¿Por qué no esperas un poco más?

—¿Te parece poco haber esperado tres semanas? No, Hunter, ya no puedo aguantar más. Acabaría volviéndome loca. Estoy segura de que Bill no volverá. Por lo visto, el exceso de felicidad se me subió a la cabeza. Ya te escribiré desde Reno, adonde van a parar las mujeres abandonadas.

—Acuérdate de lo que te digo, Wicky. Te halles donde te halles, si alguna vez necesitas el apoyo de un buen... vigilante de la Defensa Pasiva, no tienes más que dejar una luz encendida. No te quepa duda de que yo apareceré.

Los dos amigos salieron de la casa. Wicky subió en el coche y emprendió la ruta de la carretera. Para distraerse durante el trayecto, abrió la radio del coche. En aquel momento, una voz de mujer retransmitía unos saludables consejos: «¡Oh, tío Dan!, si hubiera seguido tus consejos no sería hoy una mujer fracasada

en la vida». Y una voz masculina le respondía: «¿Llegarán a enmendar sus errores para verse de nuevo en el camino de la felicidad? ¿John, enamorado de June, volverá a Joan que, a su vez, ama al esposo de June? No lo aseguramos, pero de lo que sí estamos seguros es de que para un baño confortable nada hay que pueda superar al jabón espumoso Grubble Double. Es el mejor jabón para cuidar la piel».

El coche de Wicky llegó a un cruce de la carretera, en uno de cuyos postes se leía la siguiente indicación: «Los Angeles. Monte Jefferson». Wicky paró el coche, y luego reanudó la marcha hasta llegar al Observatorio. Allí se encontraban Strand, Stone y otros compañeros. Wicky entró en la estancia como un rayo y preguntó a todos dónde se hallaba su marido. Nadie lo sabía.

—No traten de engañarme ustedes—advertióles Wicky—. Sé perfectamente que Bill se halla aquí, en el Observatorio, con ustedes. No se ha movido durante todo el tiempo que hemos estado separados. Ustedes le ocultan. Todos conspiran en contra de mí.

Todos trataron de calmarla.

—Pero Wicky, tranquilícese, le aseguramos que...

—No me lo creo. Lo registraré todo.

—Qué más quisiéramos nosotros que Bill estuviera aquí. Nos está haciendo muchísima falta.

—Señores—se excusó Wicky, lamento haberles interrumpido en su trabajo. Me doy por vencida.

—Señora, ¿No recuerda usted una cosa? Cada noche a las once...

—Sí, amigo Stewe. Y precisamente siempre pensaba en cómo Bill podía verme desde aquí.

—¿Quiere usted mirar y comprobarlo?

Uniendo el gesto a la palabra, Stewe se dispuso a preparar el telescopio. Wicky junto a Stewe miró. Todo parecía vacío y solitario.

—No lo era para Bill—exclamó Stewe, a una indicación de Wicky—cuando usted aparecía allí, saludándole sonriente. Aunque no en presencia, el corazón de su marido se hallaba allí, junto

a usted. Y su amor también. Yo creía —todos creíamos— que el de usted también.

—¡Ay!, doctor Stewe. ¡Cuánto echaré de menos nuestro hotelito de Mont Ross! Siempre me había ilusionado pasar allí las fiestas de fin de semana, y no lo hacíamos nunca. ¡Mi marido estaba tan atareado siempre!...

—¿Quiera usted contemplar su hotelito, señora Whitley?

—Claro que sí. Pero me aparecerá tan vacío, tan solitario.

—¿Quién sabe?—respondió complaciente Stewe.

Y se dispuso a dirigir el telescopio en forma que Wicky pudiera ver el hotelito.

—Ya está. Eso es—exclamó ella, alborozada—. Y hay alguien allí. Sí, sí. Alguien, alguien... ¡Oh!, y ese alguien es Bill. Sí, es mi Bill. Por fin pude dar con él.

En efecto, era Bill. Allí se encontraba, sentado en las escaleras del hotelito Mont Ross, con una guitarra y cantando melancólicamente, como para expresar su tristeza y su nostalgia:

Yo me muero, yoooo,  
yo suspiro, yoooo  
amistad sólo no quiero;  
yo me muero, yoooo,  
yo suspiro, yoooo

Wicky salió corriendo del Observatorio. Montó en su suntuoso coche y se dirigió a gran velocidad hacia Mont Ross, con objeto de encontrar a su marido. Una vez hubo llegado a las cercanías del hotelito, paró el motor, descendió del coche y se escondió detrás de unos arbustos. Bill, que oyó un leve ruido de hojas, cogió la escopeta y gritó:

—Salga de ahí o disparo.

—No vaciles y dispara. Me lo merezco, Bill.

—Pues lo siento—dijo Bill, aparentando una indiferencia que, en su intimidad, no sentía—. Pero yo no disparo contra nadie, como no sea por verdadero compromiso.

—¡Oh, Bill!—exclamó Wicky, lanzándose en brazos de su



marido—. ¡Carifio mío! ¿Cómo pudiste desaparecer así? He estado preocupadísima por ti. ¿Cómo has vivido? ¿De qué te alimentabas?

—Muy fácil. Cazaba.

—¿Codornices?

—No. Sopa.

Y señalando un montón de latas vacías, añadió:

—Me alimentaba de sopa de tallarinas. Las abría a tiros. Por eso digo que cazaba.

—Reconozco mi grave error, Bill. ¿Verdad que lo olvidarás para quererme otra vez como antes y ya para siempre, sin duda ni sombra? Quizás más adelante me querrás. Lo importante es que me quieras. Esperaré un mes, un año si es preciso, pero quiero tener la seguridad de que me querrás. Cuantas semanas tenga que esperar las esperaré. Serán mi justo castigo.

Mientras tanto, desde el Observatorio, agrupados ante el telescopio, Stewe, Pierson y Strand iban contemplando las escenas que se desarrollaban entre los esposos Whitley en su hotelito de Mont Ross.

—Cuatro segundos... Tres segundos... Dos segundos...—iba contando Pierson, esperando que los dos esposos se dieran el beso de reconciliación.

Wicky y Bill seguían su dulce coloquio. Bill no quería esperar ni un mes, ni una semana, ni un día para volver a querer con toda su alma a Wicky, y en tono cariñoso propuso a su esposa:

—¿Por qué no querernos desde ahora mismo?

—¡Oh, Bill! Es cuanto yo deseaba.

Y se dieron el beso que Pierson, Strand y Stewe esperaban presenciar a través del telescopio.

\* \* \*

En aquel momento Hunter, seguido de su perro fiel, pasaba por delante de la casa de los Whitley.

FIN



## EDICIONES BIBLIOTECA FILMS (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Cuidado con lo que ha- ces . . . . .	Michael Redgrave
Por la dama y el honor . . . . .	Paul Lukas
El día que me quieras . . . . .	Carlos Gardel
María, Estuardo . . . . .	K. Hepburn
La profeta millonaria . . . . .	Gene Raymond
Las pelagres de la gloria . . . . .	James Cagney
La bella rebelde . . . . .	Ann Southern
Buscando fama . . . . .	Don Ameche
Una mujer imposible . . . . .	Jenny Jugo
El hombre del Níger . . . . .	Victor Francen
Estrafalos en luna de miel . . . . .	Hugh Sinclair
Fruto dorado . . . . .	Gable - Colbert
Andrés Harvey, tenorio . . . . .	Mickey Rooney
El secreto del marqués . . . . .	Armando Falconi
Iróné . . . . .	Ana Nergle
Una hora en blanco . . . . .	Franchot Tone
La familia . . . . .	Charles Boyer
La familia Robinson . . . . .	F. Bartholomew
El valle del sol . . . . .	J. Craig, L. Ball, A. Moreno
Quien conquista a la mujer . . . . .	M. Hopkins
Casados sin casa . . . . .	Menjou-P. Negri
La mujer de las dos ca- ras . . . . .	Greta Garbo
Luna Rens . . . . .	J. MacDonald
La hora radiante . . . . .	Joan Crawford
El signo de la cruz . . . . .	Friedrich March
Cuando ellas se encuen- tran . . . . .	Joan Crawford
El rapto de Luiza . . . . .	Joan Fontaine
Una chica se divierte . . . . .	Jean Arthur
El Club 400 . . . . .	Anne Shirley
Una mujer endiablada . . . . .	Lupe Vélez
La vuelta del Rano. En- rada en la novela de Edgar Wallace . . . . .	Victor MacLaglen
El gran jete . . . . .	Fernando Soler
Cuando los hijos se van . . . . .	Ronald Colman
Otra vez más . . . . .	Diana Durbín
La hermanita del ma- yordomo . . . . .	William Holden
Juventud ambiciosa . . . . .	Ch. Laughton
El sospechoso . . . . .	Diana Berrinová
Matrimonio de inconve- niencia . . . . .	Jean Arthur
Una chica afortunada . . . . .	Diana Durbín
La dama del tren . . . . .	Iza Miranda
Documento Z. 3 . . . . .	C. Colbert
Zazá . . . . .	

## «Nueva serie» 3 ptas.

Olivia . . . . .	K. Hepburn
El duque de West Point . . . . .	Joan Fontaine
El nuevo Zorro . . . . .	John Carroll
Rutas infernales . . . . .	John Wayne
Hombres intrépidos . . . . .	John Wayne
Kid Carson . . . . .	John Hall
La ruta del Este . . . . .	John Ayr
¿Crimen o suicidio? . . . . .	Paul Kelly
¿Qué hizo en Michae- nel . . . . .	Tito Guizar

## «Serie especial» 3'50 ptas.

Cuando quiere un mexi- cano . . . . .	Jorge Negrete
Así se quiere en Jalisco . . . . .	Jorge Negrete
Diego Banderas . . . . .	Jorge Negrete
Pequeña . . . . .	Jorge Negrete
Jorge Negrete (Biogra- fía) . . . . .	Jorge Negrete
La cometa diabólica (1. <sup>a</sup> parte) . . . . .	Flash Gordon
El caso de la muerte (2. <sup>a</sup> parte) . . . . .	Flash Gordon
La Dolorosa . . . . .	Armen Godoy
Tarzan de las fieras . . . . .	Buster Crabbe
La madrina del diablo . . . . .	Jorge Negrete
Sargento York . . . . .	Sary Cooper
Seda, sangre y sol . . . . .	Jorge Negrete
Una carta de amor . . . . .	Jorge Negrete
Una mujer internacional . . . . .	George Brent
Mi novio está loco . . . . .	Dennis O'Keefe
¡Ay Jalisco, no te rejes! También vamos seras humanas . . . . .	Jorge Negrete
La venganza de Lagar- lara . . . . .	Burgess Meredith
Camino de sacramento . . . . .	Jorge Negrete
Destino . . . . .	Ingrid Bergman
Estraña mujer . . . . .	Hedy Lamarr
La dama de la frontera . . . . .	Yvonne de Carlo
Morenita Clara . . . . .	Evita Muñoz (Chachita)
Montecassino . . . . .	Ubaldo Lay

## «Serie especial» 4 ptas.

El Ametrallador . . . . .	Pedro Infante
¡Viva mi desgracia! . . . . .	Pedro Infante
Cómo México no hay dos . . . . .	Tito Guizar
1 ura . . . . .	Siti Jarell

## BIBLIOTECA CINE NACIONAL

### «Serie especial» 4 ptas.

Don Quijote de la Man- cha . . . . .	Rafael Rivelles
---	-----------------

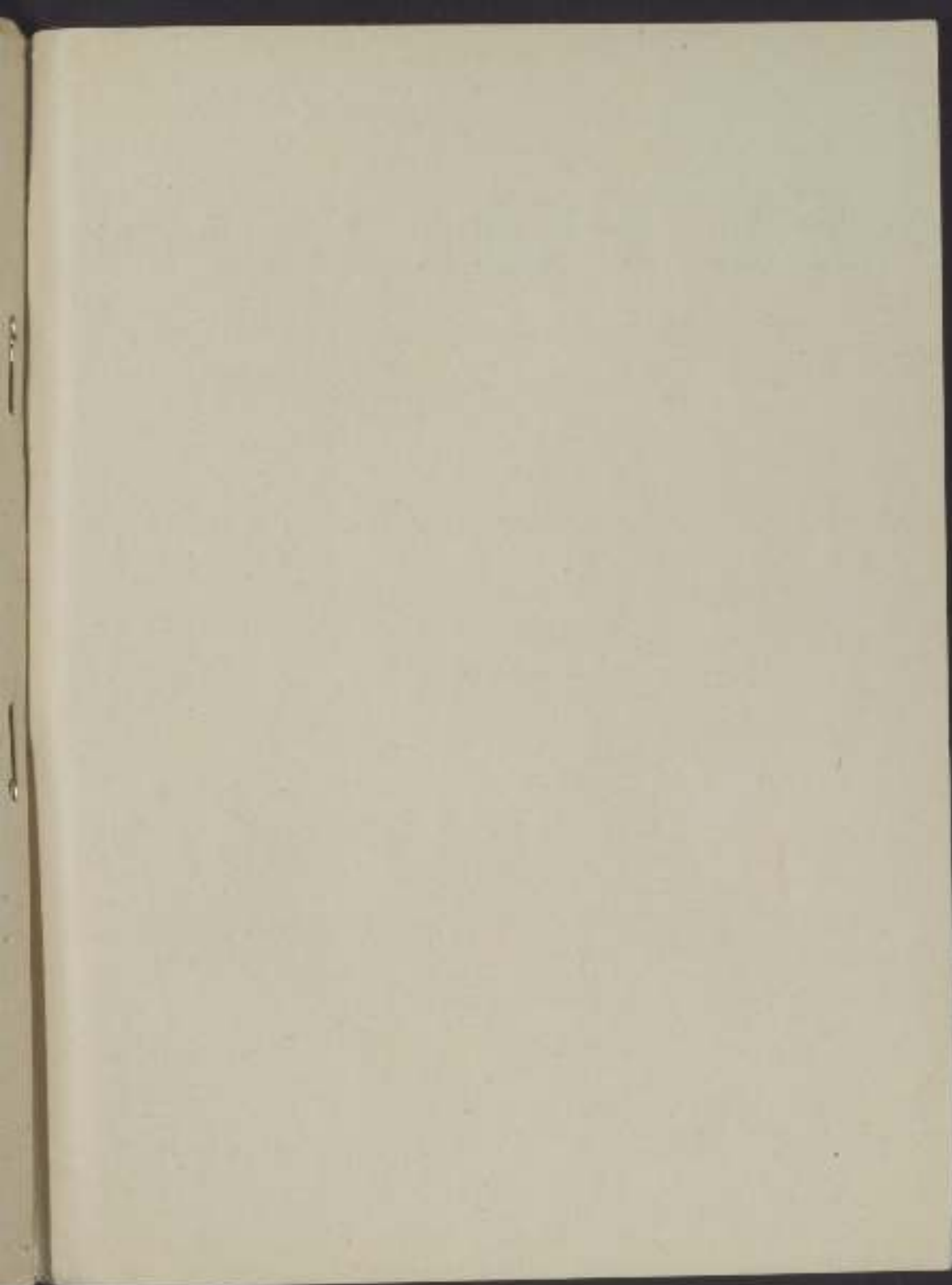
## SELECCION BIBLIOTECA FILMS

1'25 ptas.

A la lima y al limón . . . . .	Miguel Ligero
La Farsala . . . . .	Maruja Tomás
Verbena . . . . .	Maruja Tomás
Rosa de Africa . . . . .	Tomás - Medina
Noche de engaño . . . . .	A. Nazzari
Cautivo del desierto . . . . .	Leslie Howard
Flor de espino y prego- nes de Albalcín . . . . .	Gracia de Triana
Tú llegarás . . . . .	Roberto Ray
Buenas noches . . . . .	Maria L. Gema
Otón . . . . .	Roberto Ray

## CELEBRIDADES DEL CINEMA

Charles Boyer (Collec- ción de 8 postales) . . . . .	75 céntos.
---	------------



197

Leyendo siempre EL FOLLON  
de risas darás un millón.

# EL FOLLON

La publicación de abracadabrante humorismo

Dibujantes : MONTAÑOLA  
MALLOL  
MESTRES  
JUAN DIEGO  
CEDO

## TÍTULOS:

Situación comprometida  
Delicadeza impropia  
"El Follón" estudiantil  
"El Follón" del estraperlo

# EL FOLLON

Eufórico y optimista, eminentemente  
descacharrante y de fina ironía,  
armará EL FOLLON padre

DOS pesetas

Si humor quieres tener  
EL FOLLON debes leer.

**4 ptas.**